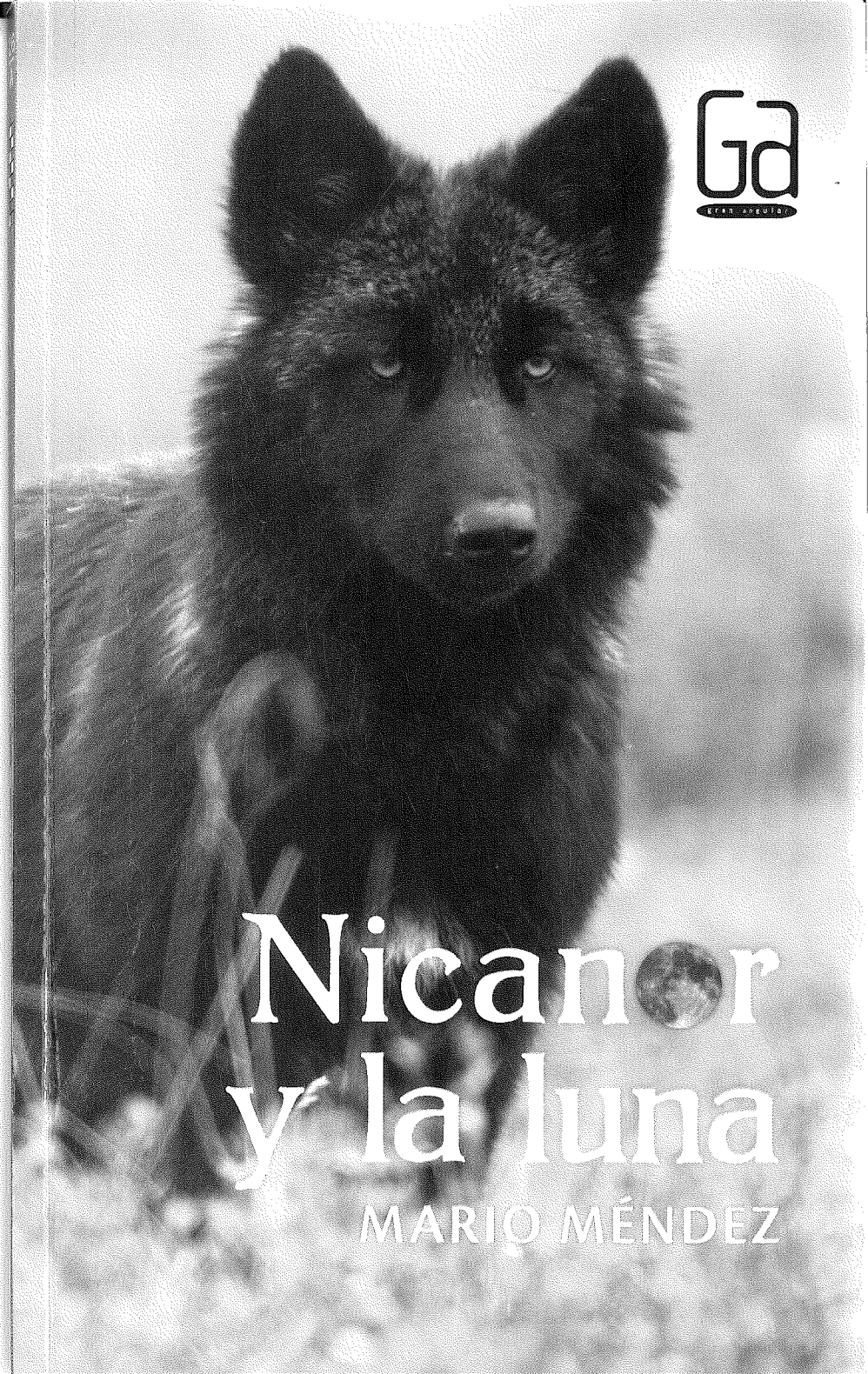




Ga
ESTRÓFOS

Nicanor y la luna

MARIO MÉNDEZ

www.
smliteratura
.com.ar

COLECCIÓN GRAN ANGULAR

Dirección editorial: Silvia Lanteri
Dirección literaria: Cecilia Repetti
Coordinación de la edición: Mariela Schorr
Edición: Florencia Gattari

Jefa de Procesos Editoriales: Vanesa Chulak
Jefa de Diseño: Noemí Binda
Responsable de Corrección: Patricia Motto Rouco
Gerente de Producción: Gustavò Becker
Responsable de Preimpresión: Sandra Reina
Fotografía de tapa: © Minden / Latinstock

© del texto: Mario Méndez, 2015
© Ediciones SM, 2015
Av. Callao 410, 2° piso
C1022AAR Ciudad de Buenos Aires

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN 978-987-731-220-1

Hecho el depósito que establece la ley 11.723
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Méndez, Mario
Nicanor y la luna / Mario Méndez; dirigido por Cecilia Ana Repetti; editora literaria Florencia Gattari. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: SM, 2015.

120 p.; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-731-220-1

I. Literatura Infantil y Juvenil. I. Repetti, Cecilia Ana, dir.
II. Gattari, Florencia, ed. lit. III. Título.
CDD A863.9282

NICANOR Y LA LUNA MARIO MÉNDEZ

ediciones **sm**
Av. Belgrano 552 - Tel. 54 11 4000 0400
MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL



Esta historia, que abreva en la magnífica película
Nazareno Cruz y el lobo, quiere ser un homenaje a su director,
el gran cineasta Leonardo Favio.

El hombre, un viejo de edad realmente indescifrable, me esperaba sentado en la sala contigua a mi despacho, la espalda muy recta, firme contra el respaldo de la silla. Tenía las manos, grandes y todavía fuertes, apoyadas sobre la falda. Estaba inmóvil, casi parecía una estatua: la estatua de un hombre de campo, desubicada en la recepción alfombrada y moderna de una importante editorial capitalina.

Mi secretaria me lo había advertido: desde la mañana que el viejo me esperaba sin moverse. No tenía cita previa, pero no había querido irse cuando ella le dijo que yo no podría atenderlo ese día. "Un ratito tendrá", fue su único comentario, antes de sentarse. Tenía puesto un pantalón de trabajo de áspera lona azul, metido dentro de unas botas altas, y un pulóver muy limpio que, de tan usado, brillaba en los codos. En el cuello llevaba anudado un pañuelito que quizás alguna vez fue bordó, pero que el tiempo sin duda había descolorido. Sospeché que dentro del bolso, que había dejado a sus pies, descansaría la típica boina negra.

El viejo, me había dicho mi secretaria, quería entregarme un manuscrito. Finalmente, entre reunión y reunión, como a las cinco de la tarde, lo hice pasar. Se presentó ceremoniosamente:

—Nicanor Madero, hijo de Nicanor Madero, nieto y bisnieto de Nicanor Madero.

Sonreí, algo incómodo. Pensé que decirle que yo era Sebastián González Frutos, hijo de Eduardo González, nieto de doña Juana González y bisnieto de no sabía quién, no venía a cuento. En cambio, le pregunté qué quería.

—Usted dirá —le dije, señalándole la silla frente al escritorio—. ¿Gusta un café?

—No tomo, gracias —me respondió y yo le dije que hacía muy bien, que había que cuidarse, que a mí el café me estaba destruyendo el hígado.

No sonrió. La situación era francamente incómoda. Nicanor, el hijo, nieto y bisnieto de Nicanor, se calló la boca. Yo me quedé esperando. Al fin, reaccionó. Me pidió permiso, corrió un adorno del escritorio y apoyó su bolso. Sacó con cuidado una carpeta atada con un hilo flojo, y me la pasó.

—Quisiera que la publicase —me dijo.

Era evidente que el viejo había escrito una historia, que me presentaba en esa pila de hojas amarillentadas, escritas a mano. Amagué una sonrisa, pero la seriedad del viejo me hizo arrepentir.

—Mire, señor —le dije, lo más amablemente que pude—: acá no trabajamos de esta manera. No recibimos manuscritos espontáneos, mucho menos si no están tipeados, ni acompañados de un CD o un DVD. No es la forma.

Me miró como si le estuviera hablando en chino. Se paró despacio.

—Pronto, no sé si muy pronto —eso nunca se sabe—, me voy a morir. No he tenido un hijo, otro Nicanor, que me suceda. No he podido contarles a mis hijos, sobrinos o nietos la historia que le estoy dando, como me la contaron a mí, en mi casa, cuando era un crío. No he tenido familia. Pero como no

pude contar la historia, la escribí. Con mucho esfuerzo. Usted dígame cuánto cuesta publicarla, yo lo pago —dijo, y del bolso sacó una piedra brillante, casi tan grande como un huevo de gallina, rojiza. No supe si era un diamante, un rubí o qué cosa. Solo sé que brillaba, y que en ese momento sospeché que valía una fortuna.

Esta vez sí sonreí.

—A ver si me explico, estimado —le dije—. Esto no funciona así. Somos una editorial importante, una de las más grandes del país, si no la más grande. Si usted quiere, yo le puedo dar la dirección de gente que trabaja con autores que se autofinancian...

No me dejó terminar.

—Sé quiénes son ustedes, y ustedes tienen que ser: elegí la mejor de las editoriales, la más grande, porque no puede ser otra. Lea esas hojas, por favor. Yo vuelvo en unos días.

Después de esa declaración se paró, y antes de extenderme la mano, otra vez con mucha ceremonia, sacó del bolso un tercer objeto sorprendente: una bolsita llena de hojas amarillas, molidas.

—No se ofenda —me dijo—. Tiene razón, no tome más café. Hágase un té con estas hojas, se le van a ir los ardores.

Después de eso, se fue. Yo me quedé mudo. ¿Qué podía decir?

No leí el manuscrito ni tomé el té hasta la semana siguiente, después de que llegara a mi escritorio un sobre escrito con la inconfundible letra de don Nicanor. Lo abrí y lo leí de inmediato. El viejo me había ganado por el lado de la curiosidad.

"Estimado señor —decía la carta, por cierto muy breve—, sospecho que todavía no ha leído usted la carpeta ni tomado el té que le recomendé. Este fin de semana, hágame caso, por

favor haga las dos cosas. No le va a hacer mal. Al contrario: le va a hacer bien. Con mis respetos, Nicanor Madero".

Ese fin de semana, en una cabaña del Tigre, seguí su consejo. Después de una cena quizá demasiado succulenta le dije a mi esposa que me iba a sentar en la reposera de la galería, a hacer la digestión y a revisar un trabajo. Antes de salir, me preparé el té con las hojitas amarillas, cuyo aroma no era nada desagradable, y apenas di el primer sorbo sentí que mi crónico malestar estomacal se aliviaba considerablemente. Con la taza humeante todavía en la mano, me puse a leer. Y leí durante varias horas, hasta terminar el manuscrito, que sospeché que algún día publicaría.

Nicanor Madero no apareció nunca más, ni tampoco volvió a escribirme. Cerca de un año después de su única visita me llegó un telegrama de una localidad llamada Barrancas: un escribano me comunicaba el deceso del viejo. La piedra roja que yo supuse valiosa (y efectivamente lo era, como confirmé después de leer el manuscrito) la había donado a la escuela más antigua del pueblo. Y yo sentí que la aventura que empezaba hacía bastante más de cien años, en un pueblito de Cuyo, de alguna manera me la había legado a mí.

No tuve dudas. De inmediato di la orden de que la historia de Nicanor, de María y la maldición del lobo se mandara a publicar.

PRIMERA PARTE

La maldición

1

Cuando Elena Aranda de Madero, la esposa de Julián Madero, se atrevió a mostrarse en el pueblo con la incipiente panza de su séptimo embarazo, las vecinas de Barrancas se persignaron, temerosas. Ciertamente es que ante Elena nada decían, pero en cuanto ella no las escuchaba, los comentarios, a veces piadosos y otras veces malignos, se multiplicaban. Las palabras que más se repetían eran "séptimo", "varón", "mujercita". Y la más terrible, la que se decía por lo bajo, era "maldición".

Los Madero se sabían amenazados: ya habían tenido seis varones: Juan, Andrés, Martín, Pedro, Daniel y Pablo. Y ahora esperaban, aunque no lo decían en voz alta, que viniera, por fin, una niña. Que no llegara el temido séptimo hijo varón. Ese que, según era sabido por todos, cargaría con la maldición del "emperramiento". Ese que, en las noches de luna llena, se convertiría en lobizón.

2

Todo llega, y así llegó, inexorable, la noche en que Elena Madero empezó a sentir los dolores del parto. Llovía, los relámpagos iluminaban de a ratos el cielo negro de Barrancas. Los vecinos, hombres y mujeres por igual, refugiados en sus casas de adobe, vivían con miedo la noticia y la espera. La lluvia caía copiosamente e iba creando arroyos en las calles de tierra. Los relámpagos y los truenos, que no podían ser un buen presagio, atemorizaban al pueblo. Todos sabían que en el rancho de los Madero estaba trabajando la comadrona. Y que doña Jacinta, la bruja, la lechiguana, sin que nadie la hubiera invitado, se había apostado en la puerta misma de la casa de la parturienta, insensible a la lluvia que la empapaba, indiferente a la tormenta que a ella estaba muy lejos de asustarla.

Pasaban las horas y, de tanto en tanto, abriéndose paso por sobre el fragor de la tormenta, se oían los quejidos de Elena Madero. Julián, su marido, se paseaba por el rancho cada vez más nervioso, más asustado. Ya no le importaba que su hijo fuera varón o mujer. Solo quería que todo terminara pronto. Él tenía suficiente experiencia: por seis veces había vivido la tensión y la espera, pero jamás el

nacimiento se había demorado tanto. Al fin se oyó el llanto de un bebé y, de inmediato, apareció en la sala la cara consternada de la comadrona. No aclaró (a ella también había dejado de importarle) si el recién nacido era niño o niña: otros temores la acuciaban.

—Elena está muy grave —dijo, y se sentó, agotada. Julián corrió a la cama en la que su esposa respiraba con dificultad.

3

Tres días después del nacimiento de Nicanor, séptimo hijo varón de Elena Aranda y Julián Madero, la madre murió. Julián Madero cargó sus pocas cosas en un carro, subió a sus seis hijos entre los bártulos y cerró el rancho. Llevaba alzado a Nicanor, y no lo miraba. Ordenó a sus hijos, que lo observaban en silencio, temerosos, que lo esperaran en el carro. Luego enfiló hacia el rancho de la comadrona. Al poco rato salió. La mujer, que tenía varios hijos e hijas, le había dicho que no. Las demás puertas del pueblo permanecían cerradas. Julián Madero clavó la mirada en el único rancho apartado del caserío, al que se llegaba subiendo una pequeña cuesta. Hacia allí se dirigió.

En la puerta, como si la mujer lo hubiera sabido, como si lo estuviera esperando, encontró a doña Jacinta, la lechiguana. La curandera del pueblo, temida y respetada, esa vieja malhumorada a la que a veces se recurría y otras veces se le daba vuelta la cara, lo recibió con una mueca que no era ni quería ser una sonrisa.

—Hombre cobarde el que *juye* —dijo.

Julián Madero sintió que le ardían las mejillas. A duras

penas levantó la vista del piso y la miró a la cara, esquivándole los ojos.

—No lo quiero. Trajo la desgracia, está maldito. Lo cría *usté*, o lo dejo en el camino, para que se lo coman los caranchos.

La lechiguana escupió al piso.

—Hombre desalmado, corazón de piedra —masculló.

Julián Madero no respondió al insulto. Unos lagrimones gruesos le surcaban la cara curtida.

Doña Jacinta estiró los brazos, en silencio. Recibió al niño, que había empezado a llorar despacio, y lo acunó con delicadeza. Nicanor dejó de llorar.

4

Mientras ordeñaba una de sus cabras, la lechiguana no podía dejar de pensar. Desde el rancho le llegaba el llanto quejoso del bebé Madero. Tres días antes, durante la noche del parto, ella había sido muy clara. Elena Aranda aún vivía y Julián, su marido, estaba preso del terror de perderla. El recién nacido descansaba al lado de su madre, en la cama revuelta. La lechiguana tenía que darles una advertencia, y así lo hizo. Ya sabía, por supuesto, que había nacido un varón.

—Crecerá bueno y sano, como un cristiano más —les dijo, con la mirada clavada en el bebé que dormía—. Pero el día que se enamore, ay, la maldición vendrá a buscarlo. Cuiden que no se enamore, pobre criatura.

Luego se había despedido con una especie de signo que parecía pero no era el de la cruz, y había vuelto a su rancho, bajo la lluvia que no le importaba.

Ese crío que esperaba la leche de la cabra había llegado para cambiarle la vida. A pesar de su sabiduría, no lo había podido prever. Toda su larguísima vida había estado sola, y de pronto la acompañaba un chico. Un chico cargado con la maldición del lobo, nada menos.

5

Los años pasaron, lentos, tranquilos. Como un hijo de la vejez, o como un nieto, Nicanor Madero se crio junto a la vieja bruja en el rancho de las afueras de Barrancas. No conocía su historia, y por miedo a la lechiguana, nadie en el pueblo se atrevía a contársela. A sus espaldas, desde luego, corrían, agrios, los rumores. Pero nadie se animaba a decirle, de frente, la verdad de su origen.

—Yo soy tu abuela —le había dicho un día doña Jacinta, cuando Nicanor tuvo edad de hacer preguntas, y no dio más explicaciones.

El chico no las pidió. Sospechaba que su madre lo había entregado a su abuela, para que lo criara. Eso era común en el campo. Apenas, de tanto en tanto, Nicanor se hacía la ilusión de que su madre reaparecería un día, que llegaría para buscarlo, y nada más. No podía saber de la maldición que lo acechaba, aunque a veces sospechara que algunos vecinos del pueblo, si él estaba cerca, se movían inquietos, como si su presencia los incomodara.

Cuando todavía hablaba la media lengua de los chicos muy chicos, había cambiando la palabra “doña”, con la que los vecinos llamaban a la lechiguana, por “nona”, y

así le decía: "nona", o "nona Jacinta". No le decía "abuela", pero la quería como tal. Con su alegría de niño, Nicanor enterneció a la curtida vieja, que llegó a quererlo como a un hijo. Muchas veces ella se lo quedaba mirando, silenciosa, mientras el chico metía las pocas cabras del rebaño en el corral, o simplemente corría, jugando, con el perrito blanco que lo acompañaba siempre. La vieja había encontrado al cachorrito perdido en el cerro, más o menos por la época en que Nicanor le hizo las primeras preguntas. Con su carácter hosco, la lechiguana primero amagó a espantarlo, pero cuando el perro la siguió hasta el rancho, lo dejó hacer. Le bastó ver cómo el cachorro corría hacia el chico que esperaba en la puerta, para darse cuenta de que se criarían juntos, inseparables.

Nicanor era un chico despreocupado y feliz. A veces, distraída, la vieja se lo quedaba mirando por unos instantes, y sonreía. Pero de pronto recordaba la maldición y la cara se le ensombrecía. "Todo lo que sé, toda mi *cencia*, la entregaré a cambio de evitarte la maldición, m'hijito", pensaba entonces. Se santiguaba, o hacía uno de esos visajes raros que al chico lo divertían y volvía a sus tareas, refunfuñando, casi resignada. Casi, porque la lechiguana nunca se resignaba del todo. Sabía que era muy difícil que el chico no se enamorara. Pero confiaba en el milagro. En el pueblo había pocas chicas de la edad de Nicanor. Y esas chicas, quizás aleccionadas por sus padres, que ya les habrían hablado de la maldición que cargaba el muchachito, o por su condición de guacho, lo ignoraban. "No te vayas a enamorar, m'hijo —pensaba la vieja, de vez en cuando, con esperanza y como conjurándolo—, ninguna de estas chinitas te merece".

A veces, Nicanor se iba a dar largos paseos con el perro blanco siempre pegado a sus talones. A la vieja no le hacía

falta seguirlos para saber que Nicanor, en algún momento del camino, se pararía a hablar con el perrito, que era su amigo del alma. Sabía que el chico le hablaría de esa extraña vieja que era su abuela y no lo era, que le preguntaría, como si el perro pudiera responderle, por su madre, su padre, su familia. Y que después, sin más respuesta que los ladridos cortos del perro, y su mirada inteligente, volvería más tranquilo al rancho que los tres compartían. Los diálogos más profundos del muchacho eran con su animalito, ese perro que, curiosamente, nunca había necesitado un nombre.

6

No había escuela en Barrancas. Los chicos aprendían pronto el trabajo del campo, las chicas se preparaban para casarse más temprano que tarde y criar algunos hijos con los que hacer las tareas de sus casas, con quienes cuidar sus cultivos, sus escasos animales. En esas familias de Barrancas la comida nunca sobraba, la ropa rota se zurcía hasta el cansancio, los chicos no tenían más juguetes que los que se inventaban con maderas o trapos y, además, casi no existía el tiempo de jugar. La vida de los pobres era muy dura, y los chicos aprendían a sobrevivir volviéndose ellos mismos cada vez más duros.

Cuando llegó a los quince años, Nicanor se había convertido en un muchacho alto y fuerte, que se dedicaba a cuidar las cabras, a sembrar algunas pocas verduras, a ayudar a su nona. No sabía leer ni escribir, ni tenía idea de que esas cuestiones pudieran servirle de algo, cuando al pueblo de Barrancas vino a establecerse un maestro.

El hombre que dijo ser maestro se llamaba Humberto Lagares. Anunció que lo enviaba el lejano gobierno, un gobierno del que nadie en el pueblo tenía noticias. Con ayuda de unos pocos vecinos comedidos levantó un rancho

precario, agregó al lado de la propia pieza otra un poco más grande, también de adobe, y avisó que quedaba fundada la escuela. Para rubricar la fundación, colgó de un poste que él mismo clavó en medio del patio una bandera vieja y una campana de bronce: desde ese momento, la bandera se izó cada día, un rato después de que hubiera sonado la campana.

Algunos vecinos permitieron que sus hijos, primero, y sus hijas, después, pasaran algunas mañanas, o algunas tardes, aprendiendo a leer y a escribir, a sumar y a restar, a recitar. El maestro Lagares era paciente, y se hacía querer. Por eso, aunque de a poco, la escuela fue ganando alumnos. Los de Barrancas al principio y, al tiempo, los que venían de los campos de alrededor, y de un par de pueblos más o menos cercanos.

De tanto en tanto, Nicanor —siempre acompañado por su inseparable perro— se asomaba a la ventana y escuchaba las clases. El maestro, que lo había invitado a entrar muchas veces sin éxito, había terminado por cambiar de estrategia. Lo dejaba allí, como si no se diera cuenta de que el muchacho rondaba por el patio: que curioseara todo lo que quisiera. “Quizá —pensaba— de tanto curiosear termine aprendiendo algo”. Era como un juego: Nicanor llegaba, saludaba apenas con un gesto de la cabeza, y se quedaba mirando desde la ventana. Los alumnos de la escuelita, casi todos más chicos que Nicanor, se habían acostumbrado a la callada presencia del muchacho, y a los ladridos con los que, cada tanto, el perrito blanco interrumpía las clases.

Cierto día, el maestro enfermó. Esperó en la cama, y cuando uno de sus alumnos se asomó a su ventana, le pidió ayuda. La madre de ese primer alumno llegó al rato y le preparó un té, que el maestro casi no tomó. La noticia

corrió rápido, y en poco tiempo la casa se llenó de gente. Una vecina propuso que Lagares se pusiera unos trapos calientes en el pecho, bajo la camisa, convencida de que transpirar le haría bien. Otra sugirió que le pusieran ventosas. Al fin, una de las mujeres pensó que lo mejor era llamar a doña Jacinta.

Ya había pasado el mediodía cuando la vieja entró en la pieza del maestro, refunfuñando. No le gustaba lo que ese hombre había traído al pueblo: todo lo nuevo le producía rechazo, temor. Pero era su deber de curandera atender al enfermo. Si la vieja tenía un orgullo, este era que nadie, nunca, podría decir que había dejado a un sufriente sin ofrecerle ayuda. Apenas lo vio, la lechiguana decretó que el maestro estaba empachado, preparó unos emplastos que le puso en la barriga inflamada, y se retiró a su rancho.

Dos días después, el maestro mejoró. Al tercero, ya repuesto, se dirigió a la casa de la lechiguana a darle las gracias, como correspondía. Era un hombre de progreso, y aunque ya había oído hablar de la vieja y de su ahijado maldito, no hacía caso de esas habladurías, que le parecían supersticiones tontas, disparates. Intentó convencer a la curandera de que enviara a Nicanor a aprender las primeras letras, y aunque no lo logró, no dejó de visitarla cada tanto. La vieja, hosca, lo atendía en la puerta del rancho. De vez en cuando lo hacía pasar y le convidaba un mate. Otras veces no. El maestro, recibido o rechazado, sonreía. Nicanor, casi siempre testigo de las visitas del que quería ser su profesor, no intervenía en las charlas. Se quedaba en un rincón, o se asomaba a la ventana del rancho, como lo hacía en la escuelita, y oía todo lo que se decía, hasta que la vieja lo mandaba a hacer algún trabajo,

o simplemente le decía, refunfuñando, que se fueran de ahí, él y su perro pulguiento.

Una mañana de primavera, algunos meses después de aquel empacho que la vieja había curado, la campana de la escuela sonó como nunca antes. El pueblo despertó sorprendido. Mucho más cuando el maestro siguió y siguió dele y dele con la campana, hasta que prácticamente todos los barranqueños se congregaron en el patio de su casa-escuela. Entonces, más sonriente que nunca, Humberto Lagares anunció a los vecinos que había recibido noticias de su familia. Que pronto llegarían, para vivir con él, su mujer y su hija. Y que haría una fiesta para celebrarlo.

7

Las dos noticias convulsionaron al pueblo. Que el maestro trajera a su familia a vivir a Barrancas ya era una enorme novedad. Pero que además se preparara una fiesta era algo que tenía a todos, grandes y chicos, completamente deslumbrados. Barrancas no era un pueblo acostumbrado a los festejos. De vez en cuando se celebraba un casamiento, y para las navidades, si el año había sido bueno, algunas familias carneaban un cordero. No mucho más. Por eso, el anuncio del maestro los revolucionó a todos. Las ropas pobres se adecentaron lo más posible, los preparativos ocuparon a chicas y muchachos por igual. El pueblo entero se mostraba ansioso de conocer a la familia del maestro. Rosaura se llamaba su mujer, había dicho el día del anuncio. María, la niña. Los alumnos de la escuelita imaginaban que la nena iba a ser una compañera más.

Doña Jacinta, en su rancho aislado, era la única habitante del pueblo que no participaba de la alegría general, de la expectativa que había ganado a todos los barranqueños. No quería otra novedad, otra que, ella no lo dudaba, no traería nada bueno. Y para peor, un baile. ¿Y si Nicamor se enamoraba? En algún momento la vieja pensó

en mandarlo lejos del pueblo, con cualquier excusa. Que llevara un cabrito a la estancia grande, o que fuera al cerro a buscarle unas piedras que ella necesitaba. Pero lo veía tan entusiasmado como los demás, y le daba pena. La lechiguana no tenía corazón para quitarle esa alegría que ganaba al chico desde adentro, que le explotaba en la sonrisa amplia. Se consolaba pensando en que aún no era tiempo de amor: Nicanor seguía corriendo a las cabras por las lomadas de Barrancas, o jugando en el arroyo con su inseparable amigo, el perrito blanco, como un chico.

Llovía cuando el carro que traía a Rosaura y a María, y los escasos muebles de la familia del maestro, entró al pueblo. Casi no hubo vecino que no se acercara a colaborar, a curiosear. La señora Rosaura era tan simpática como su marido, y de entrada anunció que ella también se ocuparía, junto al esposo, de dar clases. María era un ángel. Nadie había visto a una quinceañera como ella en Barrancas. Alta para su edad, delgada, rubia y de grandes ojos claros, a los barranqueños les faltaron palabras para elogiar la belleza de la chica, su simpatía, su gentileza. Nicanor, por supuesto, también la vio. No dejó de mirar a la muchachita hasta que al fin Lagares despidió a todo el mundo y se metió en su casa, con su mujer y su hija.

Nicanor deseó que el baile que el maestro iba a organizar en el patio de la escuela llegara muy pronto. A solas con su amigo, en los cerros, mientras los dos pastoreaban la pequeña majada de la vieja, el muchacho comentaba la belleza de la hija del maestro. Todavía no se había dado cuenta de lo que empezaba a sentir. El perrito, que lo oía hablar, movía la cola de tanto en tanto, como si ya hubiera entendido.

8

La noche de la fiesta tan esperada llegó al fin, para alegría de Nicanor y de todos los barranqueños. El maestro había ampliado su rancho, con la ayuda, esta vez, del pueblo entero. Nicanor, que se daba maña para la carpintería, también se había sumado. Mientras trabajaba, el chico no dejaba de buscar con la mirada a María. La hija del maestro se afanaba en la construcción, igual que una vecina más, y no parecía darse cuenta de la presencia del muchacho, como si no lo distinguiera de los otros.

Se festejaba mucho esa noche. Una familia nueva, y buena, se había instalado en Barrancas. Y, con ella, llegaba la instrucción, la escuela. Llegaba, tal vez, el progreso. El pueblo estaba feliz como pocas veces. Había música, asado humeante, empanadas y dulces en la fiesta. Y hubo baile hasta muy entrada la noche, muchos brindis, muchas risas. Barrancas nunca había estado tan alegre. Ni tampoco Nicanor se había sentido antes tan a gusto. No había conseguido que su nona aceptara ir al festejo, pero eso no le había empañado la felicidad.

Las chinitas que de chico lo despreciaban, ahora, que ya era un mozo alto que zapateaba con elegancia, le sonreían.

Pero él no se daba cuenta. Era, aún, un chico inocente. Esa noche se hizo amigo de María. Apenas comenzó la música, con mucha timidez, la sacó a bailar una chacarera. Un rato después, ya más confiado, la invitó a bailar un gato, y por fin, bailó con ella una zamba. Las dos primeras veces fue la chica la que comenzó la charla, pero para el tercer baile Nicanor ya se atrevía a hablar con la muchacha rubia como si fuera una amiga. Al final de la fiesta, cuando se retiraba, bromeando con otros muchachos, supuso, por primera vez, que la vida podía ser muy linda.

En la puerta del rancho lo esperaba doña Jacinta, seria. La luna, redonda y blanca, se recortaba nítida sobre el techo del rancho, como al alcance de la mano. A Nicanor nunca le había parecido tan bella. Sintió como una cosquilla, una emoción de verla allí, alumbrándole el camino. Sin pensarlo, aun a sabiendas de que a la nona no le gustaban esas muestras de afecto, tomó a la vieja de las manos e improvisó, riendo, unos pasos de baile. Doña Jacinta intentó resistirse, pero al fin se dejó llevar un poco. Y hasta sonrió. El perrito blanco, como si él también bailara, ladraba y corría alrededor de ellos. Sin embargo, el baile no duró demasiado. Cuando la lechiguana descubrió la sombra alargada de su querido Nicanor, que se recortaba en el piso a la luz de la luna, se le agrió el gesto. Esa sombra no era buena.

9

Seis meses, exactamente, duró la amistad sincera, profunda, que había nacido en la noche del baile, entre Nicanor y María. Luego, con la fuerza inapelable de la fatalidad, la amistad de los dos se convirtió en otra cosa.

Una mañana, Nicanor estaba jugando con su perro cuando vio que María pasaba con el canasto de la ropa bajo el brazo, hacia el arroyo. La siguió sin hacer ruido, para sorprenderla con una broma, pero cuando llegó junto al torrente, por primera vez la vio de otra manera, y se la quedó mirando.

La vio lavar la ropa contra unas piedras, la vio reír cuando el agua la salpicaba, la vio soltarse el largo cabello rubio para luego recogerse sobre la cabeza, la vio mojarse la cara en el agua casi blanca de espuma. La vio, sencillamente, con el corazón. Y se enamoró.

María, que no lo había visto ni oído, lo sintió llegar desde los árboles y le bastó clavar la mirada en los ojos oscuros de su amigo para comprender que algo nuevo, algo muy fuerte, lo había cambiado. Se saludaron como siempre, y luego, como nunca antes, sin que mediara palabra, se besaron.

Avergonzada, pudorosa, pero feliz y risueña, María se soltó del abrazo, recogió la ropa aún húmeda y corrió a su casa. Nunca había estado tan contenta. Nicanor se quedó extasiado en el arroyo. Hubiera querido que su amigo del alma estuviera allí, para contarle lo que sentía, pero su inseparable perro, curiosamente, ya no estaba con él. No había nadie para compartir su alegría.

Hasta que de pronto alguien llegó. Como venido de la nada, como si su gran caballo oscuro flotara en el agua del arroyo, un gaucho elegante, de chaqueta y bombachas negras, lo saludó tocándose el ala del sombrero.

—Buenos días, Nicanor —dijo. La rastra del hombre resplandecía, llena de monedas.

El muchachito no llegó a asustarse. El hombre sonreía, y él, después de todo, estaba feliz. Sí lo sorprendió que el desconocido supiera su nombre.

Como si hubiera adivinado, el jinete respondió a la pregunta que el muchacho no había hecho.

—Yo te conozco, Nicanor —dijo, y estiró su sonrisa—. Pronto, muy pronto, vos también me vas a conocer.

Nicanor lo miró sin entender. El hombre se tocó nuevamente el ala del sombrero, inclinó la cabeza en un saludo mudo y espoleó al caballo, que sin ruido lo llevó al galope arroyo arriba.

Nicanor no dedicó demasiado rato a pensar en la aparición extraña. Otra cosa, mucho más importante, ocupaba su mente, y su corazón.

Cuando el jinete se perdió de vista, el perrito blanco reapareció en el arroyo. Nicanor lo agarró de las orejas, jugueteó un rato con él, y como hacía cada tanto, se puso a hablarle, mientras el animal lo miraba, callado, como si lo entendiera. Le contó de María, de su mirada buena, de sus

labios dulces (y se puso colorado al contarle, mientras su perro lo escuchaba), de lo que había sentido al abrazarla, una tibieza —le dijo al perrito, como si se lo dijera a sí mismo— que nunca antes había sentido.

10

A doña Jacinta le bastó verlo llegar para comprender que todo había cambiado, que lo que más temía, fatalmente, había sucedido. La sonrisa del muchacho era otra, era la sonrisa del enamorado: la vieja no necesitó que él le contara nada para descubrirlo. No por nada era vieja, y era sabia.

—Sentate, Nicanor —le dijo, con infinita tristeza—. Tenemos que hablar.

El muchacho, como siempre, le hizo caso. Al principio creyó que nada podría empañar su reciente felicidad, pero a medida que la nona iba contando, su alegría se resquebrajaba más y más.

Doña Jacinta le refirió la noche de lluvia de su nacimiento, le habló del parto difícil, de la muerte de su madre y de la huida del padre, con sus seis hermanos. Y le habló, sin tapujos, de la maldición.

Nicanor creyó que iba a enloquecer. Gritó y maldijo, rojo de furia. Dijo que no le creía, que no podía ser, que todo era un invento, una maldad de la vieja que no lo quería ver feliz. Luego lloró, mucho lloró, abrazado a la lechiguana. Cuando la luna creciente asomó esa noche en el cielo de Barrancas, Nicanor todavía sollozaba sobre el regazo de su abuela.

Algunos días después, Nicanor estaba en la montaña buscando unas cabras que se habían escapado, cuando lo sorprendió la luna llena. Apenas la luz de la luna iluminó los campos, sintió que un ardor desconocido le corría por las venas, como lava, y una agitación desesperada lo obligaba a correr, a subir por la pendiente del cerro, como si algo desde la cima lo llamara. Antes de perder del todo la conciencia le gritó a su perro que huyera de allí. Que se fuera, rápido, hacia la casa de la vieja. Apenas el perrito blanco se perdió de vista, el cuerpo de Nicanor empezó a cambiar. Los pelos de los brazos y las piernas se hicieron largos y muy negros, la cara se le cubrió del vello más hirsuto, los dientes le crecieron con una fuerza que le estiraba la mandíbula, y de pronto se vio en el suelo, en cuatro patas, con las ropas destrozadas. Aún no había perdido del todo su memoria humana, cuando le pareció ver que el gaucho elegante, el del caballo negro, lo miraba burlón.

—Por favor, ayuda —alcanzó a murmurar, antes de que la voz se le volviera aullido.

El hombre espoleó el caballo, y partió al galope, sin mirar atrás ni responder.

Esa primera noche aparecieron dos cabras destrozadas y una mula, la del molinero del pueblo, caída en un barranco. El animal, viejo y cansado, tenía que haberse asustado mucho para correr como había corrido hasta la cima del cerro, desde donde se había despeñado.

En el pueblo a nadie le quedaron dudas. Al fin había sucedido lo que todos esperaban desde hacía dieciséis años. Vociferantes, asustados, furiosos, los barranqueños decidieron que Nicanor debía dejar el pueblo. El maestro se opuso. Habló de disparates, de ignorancia, de piedad y de cariño. Nadie le hizo caso.

Armados, con antorchas, cuando llegó la segunda noche de luna llena los vecinos se dirigieron a la casa de la lechiguana. A unos pasos del rancho, ya con la luna bien alta, un aullido los detuvo. Vieron la sombra de un animal enorme que corría detrás del rancho de doña Jacinta y se quedaron paralizados. Al fin, el que parecía mandar, lanzó un grito que los sacó de la inmovilidad. Todos habían visto hacia dónde escapaba el animal, y lo siguieron. Sonaron los escopetazos, los gritos, las injurias.

Regresaron varias horas después, todavía de noche. No habían logrado dar con Nicanor, y decidieron esperarlo en la casa de la bruja. Golpearon la puerta del rancho con fuerza, envalentonados y a la vez furiosos por la noche de caza frustrada. Sin embargo, doña Jacinta no estaba sola. Un gaucho alto y elegante, vestido con una inmaculada chaqueta oscura, les abrió la puerta, los miró serio y les preguntó qué querían. Mostraba los dientes en una mueca que era y no era sonrisa. La pregunta, el tono, el gesto altivo del hombre, todo era un desafío, que ningún vecino se atrevió a responder. El hombre rio, despectivo, mientras los barranqueños caminaban de regreso a sus casas.

Luego siguió la charla, que llevaba ya varias horas, con la lechiguana. En ese rancho pobre, el hombre elegante y poderoso, y la vieja que sabía muchas cosas oscuras, tenían que terminar una larga conversación.

Poco después del amanecer acabó la charla entre el hombre y la vieja. Risueño, el refinado caballero pidió permiso para estirarse un rato en el camastro de la lechiguana, y la dejó ir. El hombre sabía que doña Jacinta tenía algo importante que hacer en el pueblo, y no pensaba estorbar.

La vieja llegó a la casa del maestro y buscó la ventana que suponía era la de María. La acompañaba el perrito blanco que, como si aún siguiera la orden que Nicanor le había dado la noche de su primera transformación, ya no se acercaba al muchacho.

Doña Jacinta golpeó despacio y esperó a que la muchacha se asomara. No solo había adivinado cuál era la ventana de la chica: también había sabido que María estaría despierta, que no habría podido dormir. Cuando la vio, comprendió el amor de Nicanor. La chica era bella, y era buena. Tenía en la cara, en la mirada, todo el miedo del mundo. No alcanzó a preguntar por Nicanor: la vieja la tranquilizó antes.

—No lo han cazado, estos cobardes, ni lo van a hacer nunca. Vení, m'hija —le dijo—. Tenemos que hablar.

María salió de inmediato. La lechiguana la llevó bajo el reparo de un árbol, lejos de los oídos de Lagares y su esposa. Lo que tenía que contar, lo que tenía que pedir, no eran palabras que un padre y una madre pudieran soportar. Doña Jacinta no se preocupó en preguntar si María amaba a Nicanor. Lo dio por supuesto, y estaba segura de no equivocarse. Lo que no sabía era hasta dónde podría llegar ese amor, reciente, nuevo, casi de chicos, que había nacido entre ellos.

—Tres pruebas tienen que cumplir, vos y Nicanor, si quieren que la maldición del lobo desaparezca. No me preguntes cómo lo sé, ni con quién arreglé el trato. El visitante que tuve anoche no tiene buena fama, y es mejor, mucho mejor, no frecuentarlo. Tratar con él es cosa mía. Tres pruebas pidió que ustedes cumplan, para que Nicanor ya no sea lobizón. Tres pruebas que los pueden perder en el intento. Solo si de veras se quieren las pueden cumplir.

María tuvo miedo, pero no tuvo dudas.

—Espéreme acá, nona —dijo, como si ella también sintiera por la vieja el mismo cariño que su amado—: en un rato, cuando madre y padre estén dando clase, cuando junte mis cosas, yo la vengo a buscar.

13

Nicanor no había vuelto a su casa desde la primera noche de luna llena. Tenía vergüenza, y también mucho miedo. No sabía qué debía hacer, ni qué sería de su vida. En lo alto de los cerros, desnudo, con el cuerpo lleno de marcas y moretones, Nicanor pensó que alguien tenía que ayudarlo. Solo podía recurrir a su nona y, tal vez, a María.

Esperó a que el sol ardiente de la siesta estuviera bien alto para bajar hasta su casa. Sabía que, a esas horas, no se cruzaría con ningún vecino. Cuando llegó al rancho lo abrasaba la sed. Entró, tomó toda el agua que parecía estar esperándolo en una jarra y recién entonces se percató de que su nona no estaba. En cambio, en el rincón más oscuro y más fresco de la pobre habitación estaba aquel hombre elegante, el mismo que había visto en el arroyo. El gaucho rico de la chaqueta oscura. Nicanor se lo quedó mirando. El hombre le sonrió: una sonrisa que no era simpática, que no tranquilizaba, que ni siquiera parecía sonrisa.

—Tu nona y yo estuvimos hablando mucho, Nicanor —dijo al fin el intruso—. Vos me pediste ayuda antes de ayer, antes de que la luna llegara bien arriba. Tu nona me la pidió después. Yo no hago favores por nada. Hago

favores solo si se me da la gana, si es que estoy aburrido y me quiero divertir. Ahora, por ejemplo, me va a gustar ver qué es lo que pasa si tu nona consigue lo que fue a buscar. Y qué va a pasar después. Quizá, con eso, me divierta mucho. Quizá hasta obtenga algún beneficio. Es sabido: los caminos del Señor —y los míos también, qué joder— son insondables.

El hombre soltó una carcajada, con la que pareció festejar un chiste que solo él entendía. La risa del gaucho rico metía miedo. Todavía riendo, el hombre se paró, se puso el sombrero que había colgado detrás de la puerta, y salió.

—Nos estamos viendo, muchacho —dijo en la puerta del rancho. Llamó con un silbido a su caballo negro, y un instante después se perdió de vista.

Nicanor se quedó solo, cada vez más confundido. Estaba aterrado, pero alcanzó a pensar que debía buscar a su nona, donde fuera que estuviese. Apenas se lavara un poco las lastimaduras y se vistiera, dejaría el rancho.

Ya se estaba yendo cuando vio la silueta inconfundible de su nona, que subía por el camino polvoriento, con el sol detrás. Nicanor entrecerró los ojos. La vieja no venía sola, y el muchacho supo de inmediato quién la acompañaba. El corazón le dio un salto en el pecho. María, su María, venía por él. “Nada puede estar tan mal, nada puede ser tan terrible si ella viene”, se dijo, y por primera vez en mucho tiempo volvió a sonreír. Tenía razón en estar esperanzado, pero solo en eso. No sabía, aún no podía saber, qué era lo que los estaba esperando.

El perrito blanco ladró muy fuerte, como si entendiera que Nicanor y María comenzaban un viaje que, para bien o para mal, les cambiaría la vida a todos.

14

No había tiempo que perder, y la vieja no pensaba perderlo. Apenas llegó frente a su querido Nicanor, le dijo todo lo que tenía que decirle, lo imprescindible:

—María te va a ayudar, m'hijo, porque es una chica buena, y te quiere bien. Vos tenés que seguirla, hacerle caso, ir adonde ella te diga, adonde te mande. Tienen que cumplir con tres cosas, y ninguna va a ser fácil: los bautizos, el casamiento y el baile. Lo primero es encontrar a Julián, si es que todavía vive, y convencerlo. Es mejor que salgan ahora mismo, antes de que el maestro se dé cuenta de que María se ha ido. Tomen el camino del cerro bayo hasta el pueblo del valle, hasta Río Azul. De ahí me llegaron las últimas noticias de Julián Madero. Ahí vivió durante un tiempo, me dijeron unas viejas chismosas, hace unos años. María lo va a buscar. Y vos, Nicanor, la vas a seguir como un perro fiel. No pueden ir así, como ahora. La luna, para vos, m'hijo, desde ahora será María. Despídanse.

Nicanor no entendió muy bien lo que su nona le decía. ¿Cómo se juntaba la idea de ir con María, seguirla y obedecerle como si fuera el perrito blanco que lo seguía siempre

a él, con la de despedirse? Lo que sí sabía Nicanor era que aunque su abuela a veces hablara raro, a la larga se entendían sus dichos. Y era mucha la inquietud, y el temor que su condición de lobizón le producía, como para pedir más explicaciones. María lo miró con una sonrisa apenas esbozada, y se le acercó. Nicanor le puso las manos en las mejillas, sintió su calor y la humedad de una lágrima que caía. Con mucha timidez, se dieron el último beso que se darían en mucho tiempo, al lado de doña Jacinta, que miró para otro lado y refunfuñó un poco. Después, la vieja carraspeó, Nicanor se separó de María y la siguió un par de pasos. La lechiguana le puso una mano en el hombro, y lo hizo arrodillar. Empezó a hablar en una lengua que el muchacho nunca antes había oído, tomó un poco del polvo del camino y, sin dejar su murmullo constante, hizo que el polvo cayera despacio sobre la cabeza de Nicanor, como si lo estuviera bautizando. Luego miró a María. Nicanor distinguió el nombre de la amada entre las palabras incomprensibles de la vieja. Cuando terminó su breve ceremonia, doña Jacinta dijo la frase final:

—Vos sos la luna, María. Ella es tu luna, Nicanor.

Hizo después unos signos con las manos, y retrocedió un par de pasos. El muchacho quedó solo, arrodillado frente a las dos mujeres. La lechiguana tomó a María de la mano y se la apretó muy fuerte. Sabía lo que vendría.

Nicanor sintió el mismo ardor de su primera noche de lobo bajo la luna llena. Otra vez el fuego como lava que le corría por las venas. Tuvo las mismas ganas de correr, pero en vez de hacia la cima del cerro, ahora quería correr hacia donde María esperaba junto con su nona. Sin embargo, la mirada de doña Jacinta fue lo suficientemente fuerte como para detenerlo. Nicanor se retorció allí donde

estaba, mientras el cuerpo se le cubría de pelos, los dientes le crecían, la mandíbula se le estiraba y, al fin, como ante la luna llena, aparecía en su forma de perro grande y negro, de lobo, de lobizón.

La vieja soltó la mano de María, que lloraba en silencio, y la dejó ir hacia su amado, al que por mucho tiempo solo vería así, emperrado. El lobizón dejó que una mano tímida le acariciara la cabeza apenas por un instante, y después corrió unos metros hacia atrás, como avergonzado.

—Tienen que ir por el camino del cerro —repitió la lechiguana. Y antes de que el viaje comenzara, acercó la boca al oído de la muchacha y le dijo una palabra, una sola palabra, que María debía recordar, para usarla una sola vez, cuando hiciera falta.

María no esperó a que doña Jacinta se la repitiera. Se colgó su mínimo atadito de un hombro y empezó a caminar, sin volver la mirada, sin mirar a la vieja ni el pueblo de Barrancas ni la casa que abandonaba. A su lado caminaba el perrito blanco de Nicanor. Unos pasos más atrás marchaba el lobo.

SEGUNDA PARTE

Los bautismos

1

Durante horas caminaron María, el perrito blanco que nunca había tenido nombre ni lo tendría, y el perrazo oscuro, que era Nicanor y no lo era. Lejos de los caminos más transitados, a través de un sendero de montaña, cruzaron dos cerros bajos. Al anochecer se refugiaron en una cueva, al pie del último cerro antes de Río Azul. Desde allí veían el perfil del pueblo, apenas más grande y un poco menos pobre que Barrancas.

Doña Jacinta había dicho que en ese lugar había parado Julián Madero, con sus seis hijos varones y el recuerdo funesto de la esposa muerta y el hijo maldito. En Río Azul, María debería averiguar el paradero del padre de Nicanor y debería hacerlo muy rápido. Estaba segura de que su padre ya habría organizado una partida para salir en su búsqueda. Confiaba en que doña Jacinta se las arreglaría para entreverarles los caminos, pero si no se apuraba, el maestro y los vecinos que lo acompañaran terminarían por encontrar sus huellas.

Al amanecer dejaron el refugio de la cueva y enfilaron hacia el pueblo. María tenía algunas galletas, que compartió con sus dos compañeros. En la bolsa llevaba unas pocas

monedas con las que aprovisionarse: las había tomado prestadas de un cajón de su casa.

Tuvieron que esperar un largo rato a que abriera sus puertas el almacén de ramos generales, que era a la vez pulpería. Cuando la mujer que lo atendía abrió los portones de madera, María dejó que el perro pequeño la acompañara dentro del negocio y le pidió al más grande que la esperara junto al palenque de los caballos, que por suerte estaba vacío. Compró algunas provisiones duraderas, una segunda cantimplora, y aprovechó para charlar con la patrona. La mujer recordaba muy bien al viudo de los seis hijos varones. Había estado en Río Azul un tiempo no muy largo, pero la historia que lo perseguía se había hecho famosa. Había partido, decían, hacia un pueblo minero, más allá de la cadena de cerros que circundaba el valle. La pobreza y también los malos recuerdos, lo habían impulsado a un cambio total en su vida: dejaría de ser pastor para dedicarse a la búsqueda de metales y piedras preciosas.

Mientras María conversaba con la patrona del almacén, dos gauchos forasteros, sin duda hombres de armas, llegaron con sus caballos junto al palenque. Los caballos, al ver al perrazo negro, se revolvieron inquietos, súbitamente encabritados. Uno de los hombres amenazó al perro con su rebenque. El lobizón le mostró los dientes, pero se retiró al otro lado de la calle. Una vez que los caballos recuperaron la calma, los hombres se apearon, cruzaron las riendas sobre el palenque y entraron a la pulpería.

Con sus provisiones y el dato obtenido, María salió del viejo almacén decidida a tomar el camino de las montañas, sin perder más tiempo. En la puerta se topó con los dos hombres, que se sorprendieron al encontrarse frente a frente con una mujer tan joven y tan bella. Uno se tocó

el sombrero, a modo de saludo. El otro se limitó a lanzarle una mirada torva, cargada de malos deseos. Y cuando el perrito blanco pasó a su lado, amagó con darle una patada, riendo como si hubiera hecho una broma ingeniosa.

María los esquivó y salió a la calle. Se asustó al principio, porque Nicanor no estaba donde debía esperarla, pero se tranquilizó al oír su extraño ladrido, casi un aullido, y lo vio trotar a su encuentro.

—Vamos —dijo, y eso bastó para que el perrazo fuera tras ella.

El trío se encaminó hacia las montañas, María en el medio, con un perro a cada lado. Acodados en el estaño de la pulpería, los dos hombres siguieron la silueta de la chica durante un buen rato, hasta que se les perdió de vista.

2

Otra vez, como el día anterior, María y sus dos compañeros caminaron durante horas, sin detenerse. Poco después del mediodía, cuando el sol les caía a pleno sobre las cabezas y hacía imposible continuar, se refugiaron bajo la sombra escuálida de un algarrobo medio seco. Allí descansaron. María no sabía cuánto podía entenderla el perro lobo en que se había convertido Nicanor, pero le habló como sabía que el muchacho le hablaba al perrito pequeño, como se le habla a una mascota, a un niño muy chico, y también a un amigo.

—Vamos a descansar un rato, a comer charque con pan y a tomar bastante agua. Después, cuando baje el sol, otra vez nos tocará caminar, hasta que se haga de noche.

Como si hubieran entendido lo que la joven rubia les decía, los dos animales comieron, bebieron y se tiraron a dormir en la escasa sombra. También María dormitó durante un rato, con un sueño interrumpido por sobresaltos. No estaba tranquila, ni podía saber cuándo volvería a estarlo.

Apenas el sol dejó de pegar con toda su fuerza, retomaron la caminata. No era fácil andar entre el polvo y las piedras, con calor, ignorando la sed para no derrochar la

poca agua que llevaban. Pero tenían un objetivo claro, y lo cumplirían. Detrás de las montañas, siempre hacia el noroeste, comenzaba la zona minera. El maestro, su padre, le había hablado algunas veces de esos pueblos, en ocasiones meros campamentos que desaparecían al poco tiempo de ser instalados, donde hombres muy duros, muy curtidos, pasaban años de búsqueda entre las piedras, siempre detrás de un brillo, de un sueño.

Al atardecer todavía estaban lejos de un refugio natural, y María decidió confiar en el instinto del hombre que era lobo.

—Buscá un lugar bueno, un lugar seguro donde pasar la noche —le dijo, antes de darle una palmada suave en la cabeza y empujarlo hacia el noroeste.

María aprovechó la ausencia de Nicanor para sacudirse las ropas sucias de polvo y lavarse la cara y el cuello con el agua de la cantimplora, que había vuelto a llenar en un arroyito casi seco. Se estiró, con los dedos, el cabello enmarañado, y se lamentó de que, en el apuro de la partida, no se le hubiera ocurrido agarrar su cepillo. A pesar de las inclemencias del camino no había perdido del todo una mínima coquetería. Pensó en la tarde en que lavaba la ropa en el arroyo, y recordó con nostalgia el agua fresca y abundante. Pero más recordó, con un leve sonrojo y una sonrisa, ese primer beso que su Nicanor le había dado.

Había pasado un poco más de una hora desde la partida de Nicanor cuando María oyó un ruido a sus espaldas, y el perrito blanco ladró. Se dio vuelta despacio, segura de que el ruido no traía nada bueno. No se equivocaba: eran los dos hombres de la pulpería. Habían llegado amparados por la sombra creciente, y ellos mismos eran dos sombras negras, peligrosas. Ataron los caballos que habían traído

de tiro, para no descubrirse. En silencio habían llegado y en silencio seguían, ahora frente a la muchacha: tenían los ojos brillosos del que ha tomado mucho, y sus miradas metían miedo. El más alto de los dos, el de mirada más turbia, se adelantó hacia la chica. María retrocedió, mientras el perrito blanco ladraba desaforado. El hombre lo miró con desprecio y escupió de costado. Cuando estuvo casi sobre la chica, el perrito se lanzó sobre las piernas del hombre, pero una patada lo tiró hacia atrás. Los dos gauchos rieron. Estaban borrachos y deseosos, y la mujer rubia no tenía defensa. María retrocedió otra vez, tropezó con una piedra y cayó de espaldas. El primero de los dos, el que estaba más cerca de la chica, rio con fuerza. Y fue lo último que hizo. Una ráfaga, Nicanor —o, mejor dicho, el lobo que era Nicanor—, apareció desde la nada y saltó sobre el cuerpo del hombre, que cayó bajo el peso del animal sin siquiera dar un grito. Quizá nunca llegó a entender qué o quién lo atacaba. Dos dentelladas rápidas bastaron para terminar con él. Con la boca ensangrentada y los pelos del lomo erizados, Nicanor, el lobizón, encaró al segundo agresor. No llegó a atacarlo. El hombre dio dos pasos hacia atrás, montó de un salto en uno de los caballos, y desapareció al galope. Nicanor amagó con seguirlo, pero María lo detuvo con un solo llamado. La muchacha temblaba todavía, pero tenía fuerzas suficientes para dar una orden, y para reponerse del susto mortal que había sentido. No quiso mirar al caído, que ya no se movía.

—Ahora tenemos un caballo —fue todo lo que dijo. Luego se acercó al animal, que se movía inquieto, y le acarició el cogote para tranquilizarlo. El lobizón se mantuvo alejado: pasaría un buen tiempo hasta que el caballo comprendiera que el lobo no era un enemigo, que no estaba en peligro.

Solo, a un costado del grupo, el lobizón aulló mirando hacia la luna que formaba parte de su maldición. Había matado a un hombre, y aunque su conciencia era a la vez animal y humana, no podía dejar de sentirlo como un cambio fundamental en su vida. Nicanor, el lobizón, intuía que nada podría mantenerse igual después de haber tomado una vida. El perrito blanco, como en los tiempos en que su amo y amigo le hablaba, se acercó y se echó a su lado, en total silencio. El perrazo negro entendió el mensaje, se echó a su vez y allí se quedó, todavía con la mirada perdida en las alturas.

3

En plena noche, ahora con la inesperada ventaja del caballo, se dirigieron hacia un montecito de caldenes, el refugio que Nicanor había hallado antes de regresar a la carrera, llamado por su instinto. El perrito blanco iba acunado sobre la falda de la chica, que montaba con destreza. Había recibido una patada feroz, pero sobreviviría. María desmontó, liberó al caballo de aperos y frenos, y lo ató apenas de uno de los caldenes, con suficiente soga como para que el animal se pudiera alimentar. Después volvió a compartir charque y galleta con sus dos compañeros, improvisó un camastro con los cueros de la montura y se tendió a dormir. A unos cuantos metros, con los ojos muy abiertos, Nicanor vigilaba.

Al amanecer el lobizón no estaba. María lo llamó a los gritos, pero no obtuvo respuesta. Tuvo mucho miedo de que su Nicanor no apareciera, de que todo el esfuerzo, todo el sacrificio, hubieran sido inútiles. Finalmente se dijo que Nicanor volvería, y siguió adelante. Ensilló el caballo, volvió a montar con el perrito en brazos y se dirigió hacia el noroeste. Cada tanto detenía el paso del caballo, se afirmaba en los estribos y se paraba, para mirar por los alrededores, para vocear el nombre de su amado.

El desierto la contemplaba mudo. María sentía un nudo en la garganta, aunque no lloraba. No se dejaría ganar por la desesperación.

Todo el día pasó sin noticias del lobo. Ya atardecía cuando llegaron al pie de la primera montaña que se les cruzó en el camino. María dudó. ¿Desmontaría allí, antes de que llegara la noche, o seguiría un par de horas rumbo a la cima? Un sendero flaco, marcado entre las piedras, la invitaba a seguir, pero la chica no estaba segura de tomarlo. ¿Y si ese camino la alejaba de Nicanor? Estaba a punto de bajar del caballo cuando la detuvo un aullido que venía de lo alto. Tenía que ser de él. María espoléó al caballo y empezó a subir la cuesta. Tres veces más se oyó, nítido, el llamado del lobo. María subió y subió, en plena noche. Confiaba en que el caballo, al que le había soltado las riendas, pisaría sobre seguro. Si ella intentaba conducirlo, el riesgo de despeñarse sería mucho mayor.

La noche ya estaba cerca de su final cuando se oyó un último aullido, y justo donde el camino giraba, al borde de un risco, María se encontró con los ojos rojos de Nicanor. El caballo caracoleó, pero María supo controlarlo. Desmontó con mucho cuidado y se acercó a Nicanor, que ahora emitía un gruñido bajo, como si quisiera hablarle. Cuando la tuvo a un paso, el gran perro negro corrió unos metros hacia abajo, por el declive del risco, y volvió a subir. Dos veces repitió el movimiento, hasta que María comprendió que debía seguirlo. Bajaron por la pendiente unos cuantos metros. Iban despacio, con mucho cuidado: aunque la luz de la luna los ayudaba, el peligro de despeñarse era muy grande. Nicanor se detuvo y miró hacia abajo. María lo imitó. A unos cuantos metros, atrapado entre unas piedras, había un hombre caído.

4

—Ayuda —pidió el hombre, a media voz—. No era difícil adivinar que no podía salir de donde estaba. Pero era imposible ayudarlo en la oscuridad.

—Agua —pidió después el accidentado, y María volvió por su cantimplora, la ató a una soga y la bajó con mucho cuidado. El hombre bebió con desesperación. María le gritó que apenas amaneciera intentaría sacarlo. Que tenía un caballo, le dijo, una soga, y que de alguna manera lo liberarían. El hombre intentó agradecer, y la voz se le quebró en un sollozo.

Quedaba poca noche, pero las horas junto a la grieta se hicieron muy largas. Cada tanto se escuchaban las quejas del caído, que evidentemente sufría. María, el perrito y Nicanor estaban a merced del frío de la altura. No había lugar para estirarse, ni refugio alguno. María dormitó sentada, con el perrito en la falda y Nicanor echado a sus pies.

Apenas asomó el sol, la chica arrastró el caballo hacia el borde mismo del risco, llevándolo de la brida. El animal al principio se resistió, pero al fin le obedeció. Ató la soga en la montura y llamó al hombre, que se había dormido, o desmayado, María no podía saberlo. Desde arriba, a unos

seis o siete metros, se veía que el caído tenía una pierna lastimada, pero no parecía que estuviera atrapado. Quizá no pudiera caminar, pero sí podría empujarse con los brazos, para ayudar al esfuerzo que haría el caballo. María lo llamó dos o tres veces, hasta que el hombre reaccionó.

—Agarre fuerte la sogá —le dijo—. Haga fuerza contra la pared, empuje con los brazos, o con la espalda. Tenga fe.

El hombre hizo un ruido, como si sollozara. María no perdió más tiempo. Comprobó que la sogá estuviera bien atada y la lanzó hacia abajo. Luego empezó a llevar al caballo hacia atrás y hacia arriba. El hombre, a pesar del dolor, comenzó a subir. Dos veces gritó que se detuvieran. María frenó al caballo cada vez, y después de unos minutos, volvió a la tarea. En un momento el hombre trataba, pero Nicanor corrió hacia él, con las patas traseras flexionadas para no despeñarse, y lo empujó desde la espalda, con el pescuezo poderoso. El hombre se enderezó y siguió escalando, agarrado de la sogá y apoyado en un solo pie. Una hora, poco más o menos, duró el rescate. Pero al fin el caído llegó al sendero. Volvió a beber con avidez, se tiró agua en la cabeza y se apretó la pierna, que había dejado de sangrar. Ya más tranquilo, estiró una mano hacia Nicanor, que se dejó acariciar, extrañamente dócil.

—Muchas gracias —dijo, con voz emocionada—. Les debo la vida.

—Yo soy María Lagares —dijo la chica—. Voy de viaje, con mis... amigos —dijo con un gesto amplio, que abarcó a los dos perros y al caballo.

—Yo soy minero —dijo el hombre—, voy de vuelta a casa. Me llamo Daniel Madero.

María abrió la boca, sorprendida. Nicanor lanzó un ladrido largo y movió la cola, como si en vez de ser un lobo

fuera un perrito faldero. Miró una vez más hacia el cielo y aulló, pero esta vez el aullido sonó extrañamente festivo. El pequeño perro blanco, al lado del otro, también movía la cola. Había entendido, por supuesto, la alegría de Nicanor. El camino le había dado una oportunidad, que había sabido aprovechar. Había matado, pero también había salvado una vida. Nada menos que la vida de un hermano.

5

Haber encontrado y rescatado a Daniel Madero, uno de los seis hermanos de Nicanor, solo podía ser una buena señal. En eso pensaba María, mientras cabalgaba con Daniel sentado a la grupa del caballo. Iban rumbo a Los Cerrillos, el pueblo minero donde vivía el que quizás algún día se convertiría en su cuñado.

Nicanor caminaba pegado al caballo, que ya había dejado de temerle. Escuchaba la charla de Daniel y de María como si lo entendiera todo. El minero contó que estaba casado, que tenía dos hijos chicos y que vivía en Los Cerrillos, donde también vivían, y trabajaban en la misma mina, tres de sus hermanos: Juan, Martín y Pedro. El segundo de los hermanos, Andrés, había muerto hacía mucho tiempo, accidentado en un socavón. Julián, el padre, y Pablo, el único de los hermanos que aún era soltero, andaban de campamento en campamento, como nómades. No sería fácil hallarlos, pero los encontrarían, Daniel estaba seguro. Lo importante en ese momento era llegar al pueblo, a su casa. Debían reponerse y luego salir a buscar. El hermano de Nicanor había aceptado la historia del lobizón, que después de todo era parte de su propia

historia, la historia que había oído y repetido una y otra vez en su infancia, en charlas a media voz, a escondidas de su padre, con sus hermanos mayores. Le había bastado ver cómo Nicanor lo ayudaba en la grieta de la montaña para darse cuenta de que ese perro, o ese lobo, no era un animal cualquiera.

Cuatro días duró la marcha a través de la estepa desierta. Al atardecer del quinto día distinguieron las primeras casas de madera de Los Cerrillos. Entraron por la calle principal del pueblo ya de noche. Daniel los guio por un estrecho callejón que llevaba hasta su casa. Sin desmontar, gritó los nombres de su mujer y de sus dos hijos, que salieron corriendo a recibirlo. Juana, la esposa, miró con cierto recelo a la chica rubia que cabalgaba con su marido, pero apenas se enteró de quién era, y de cómo lo había salvado, la abrazó como a una hermana, y le dio la primera de las muchas bienvenidas que la familia iba a brindarle en esos días. Los chicos jugaban con el perrito blanco pero no se animaban a acercarse al gran perro lobo, que se mantenía alejado. Daniel no quiso asustarlos: eran demasiado chicos para entender, sin miedo, que detrás de los ojos rojos del animal estaba la mirada de su tío Nicanor.

Al otro día se repitieron los encuentros, los abrazos de bienvenida, las explicaciones. Según les había dicho la lechiguana, Juan, el mayor de los hermanos, tendría que officiar de padrino de Nicanor, por siete veces, en siete iglesias distintas. Esa era la primera prueba: siete bautismos. Sin embargo, para que el bautismo tuviera validez y comenzara a exorcizar la maldición, el que tenía que pedirlo era el padre, Julián Madero. El hermano mayor sería el padrino, pero era el padre quien debía llevar a su hijo ante la pila bautismal. Por eso, había que salir a

buscarlo por las montañas. Daniel no estaba en condiciones de viajar, pero Juan y Pedro acompañarían a María. Solo se tomarían un día de descanso: María, que al fin había podido darse el largo baño que anhelaba, cambiarse de ropa y desenredarse la larga cabellera, quería seguir de inmediato con la búsqueda.

6

Muy temprano en la mañana, en un carro y con el caballo que ya formaba parte del grupo atado detrás, partieron en busca de Julián Madero. Sentados en el pescante iban María y Juan, que llevaba las riendas. Atrás, acomodado entre las provisiones, iba Pedro con los dos perros, el blanco y el negro. Martín, cuya mujer tenía un embarazo avanzado, y Daniel, que debía curarse la fea lastimadura de la pierna, los despidieron en Los Cerrillos.

Juan sabía que el campamento minero, del que su padre y su hermano Pablo formaban parte, solía durar poco tiempo en cada sitio. Por las últimas noticias que tenían, era probable que los encontraran rumbo a la frontera, ya en plena cordillera. Hacia allí se dirigieron, siempre al oeste.

Anduvieron tres días sin cruzarse con nadie, sin detenerse más que para dormir. Al cuarto día se encontraron con un hombre montado en una mula, que llevaba otra de tiro. Era un comerciante, un turco que recorría los pueblos de la montaña vendiendo de todo un poco. En su español defectuoso pero simpático, el turco les contó que había pasado por un campamento, cerca de Tres Picos. Pedro le agradeció y antes de despedirse le compró un peine, para María.

María recibió el regalo con una sonrisa y de inmediato se estiró la larga cabellera rubia. Nicanor la miraba atento, desde la parte trasera del carro.

A los dos días llegaron a Tres Picos, un caserío al pie de la cordillera. Allí les indicaron por dónde llegar al campamento minero. El camino no admitía el paso del carro, así que lo dejaron en el pueblo, y cada uno montó un caballo. Si se apuraban podrían llegar antes de que los sorprendiera la noche.

Una vez allí, sobre el filo del anochecer, preguntaron por los Madero, padre e hijo. Un minero les señaló una especie de choza, hacia el final de la única calle que formaba el precario campamento. En la puerta de su casilla, frente a un fuego en el que se tiznaba una pava, dos hombres tomaban mate. El viejo Madero cebaba en silencio. Era un hombre triste. El paso del tiempo y el trabajo en las minas lo habían encorvado. Y el peso de sus malos recuerdos le había borrado la sonrisa. Cuando vio que dos de sus hijos llegaban a visitarlo se sorprendió, por supuesto, pero no demostró ninguna alegría. A diferencia de Pablo, que saltó de donde estaba a recibir a sus hermanos, el viejo apenas si se movió de su puesto frente al fuego. Juan desmontó y le dijo que tenían que hablar. El viejo se paró y lo siguió unos pasos, con el gesto siempre hosco. Desde el caballo, María veía cómo el padre de Nicanor escuchaba las palabras de su hijo y movía levemente la cabeza, como si no quisiera escuchar. Juan, sin embargo, insistía. Mucho rato duró la charla. Cada tanto Juan señalaba hacia la chica y el perro grande que esperaba a su lado. De pronto, el viejo se tapó la cara, a punto de llorar. Nicanor, como si el gesto hubiera sido una señal, avanzó hacia él. Juan se corrió de al lado de su padre. Julián Madero clavó la vista en

el perro que lo miraba, con los ojos tristes. Entonces se quebró. Cayó de rodillas y su hijo, el lobizón, corrió hacia él y le pasó la lengua por la cara llorosa. Nicanor y su padre, el hombre que lo había abandonado, se habían reencontrado al fin.

El gran perro negro sabía perfectamente que ese hombre que ahora le acariciaba la cabeza con ternura era el mismo que un día lo había depositado en los brazos de la lechiguana y le había dado la espalda. Sin embargo, en el corazón del hombre lobo no había lugar para resentimientos. Su padre estaba allí, con él: eso bastaba. Tal vez había hecho falta que Julián Madero lo viera en su forma de perro para que finalmente lo aceptara. Eso Nicanor no podía saberlo, ni tampoco le importaba. Solo importaba el reencuentro.

Al día siguiente dejaron el campamento bien temprano, dispuestos a comenzar el ciclo de bautismos en el primer pueblo que tenían en el camino, Tres Picos. Allí se encontraron con un inconveniente: el cura se negó de plano a officiar semejante ceremonia. "Esta es una iglesia pobre y chica, pero acá no bautizamos animales. Eso es una herejía", les dijo el religioso, antes de cerrarles la puerta en la cara. Recién llegado de la lejana ciudad, el cura era hombre poco dispuesto a aceptar supersticiones. Pero los hermanos Madero, luego de deliberar un rato, decidieron que si estaban cometiendo una herejía, bien podían cometer dos.

Pedro y Pablo volvieron a la capilla, entraron sin golpear y unos minutos después Pedro se asomó para avisarle al resto de la familia que el cura había aceptado razones y que haría el bautismo.

—Muchas gracias, de corazón —le dijo María al párroco, muy emocionada, cuando acomodó al enorme perro lobo frente al púlpito. El cura la miró serio, y se mantuvo callado. A la escasa luz de la parroquia, que apenas tenía una ventana, a María le pareció que el hombre estaba muy

pálido. Julián Madero se paró a la derecha de Nicanor y Juan a la izquierda, como padre y padrino, respectivamente. Estaban preocupados por la posible reacción del animal cuando le cayera el agua bendita sobre la cabeza. Sin embargo, cuando el cura dijo las frases rituales y lo bautizó con el nombre de Nicanor Madero, el perro lobo se mantuvo muy quieto. Pedro y Pablo, que seguían la ceremonia parados detrás del cura, sonrieron aliviados. Por primera vez en mucho tiempo, Julián Madero se permitía, también, una mínima sonrisa.

Cumplida la ceremonia, dejaron la capilla. Pablo, el último en salir, le pidió sinceramente al cura que perdonara sus pecados y se guardó en el saco el trabuco con el que lo había amenazado. El arma estaba descargada, pero el religioso no tenía por qué saberlo.

Realizado el primero de los siete bautismos, el segundo se haría en Los Cerrillos. Esperaban no tener problemas con el cura de su pueblo, que los conocía desde hacía mucho, y era hombre de mentalidad amplia.

Tras otros cuatro días de viaje, estuvieron de regreso en Los Cerrillos. Tal como esperaban, el bautismo se realizó sin dificultades, aunque la iglesia se llenó de gente, como nunca antes. Todos los Madero, con sus esposas e hijos, concurrieron a la ceremonia, y el movimiento atrajo a muchos de los vecinos, que se acercaron a curiosar. El cura bromeó desde el púlpito con que era la primera vez que tenía tanto éxito entre los mineros, y que si eso le garantizaba la concurrencia de los fieles, no dudaría en bautizar caballos, mulas y burros.

Pero no había tiempo para risas ni para fiestas. Hubo apenas un rápido brindis en la casa de Martín, y al poco rato partió el carro, que esta vez conducía Julián Madero.

Con él viajaban tres de sus hijos: Juan, el mayor, destinado a ser padrino cinco veces más; el soltero Pablo, y el ahora aceptado séptimo hijo: Nicanor, el lobizón. María, por supuesto, también era parte del grupo, con el perrito blanco siempre a su lado.

8

El pueblo al que llegaron, casi una semana después, se llamaba Las Vides. Era un caserío tranquilo, de viñateros y pastores. Buscaron la capilla y la encontraron enseguida, pero estaba cerrada. Una vecina les dijo que el cura había partido hacía algunos días, y no había otro disponible. Un chico de unos doce años, que jugaba en la calle, se les acercó. Se llamaba Andrés, era huérfano y cada tanto oficiaba de monaguillo.

—Yo me sé todo lo que el padre Antonio dice. Si les sirve, yo lo bautizo —les ofreció—. A la capilla se puede entrar por la puerta de atrás, la traba se abre empujando un poco.

Juan se lo quedó mirando. No sabía si un bautismo sin cura serviría o no. El viejo Julián zanjó el conflicto.

—El chico se llama Andrés, como tu hermano que ya no está. Tiene que ser buena señal. Que sea.

Entraron todos por la puerta trasera, tal como había propuesto el chico. Andrés, encantado con su papel protagonista, se puso la estola del cura y con bastante pompa procedió a bautizar al perro lobo. En la capilla vacía, a oscuras, un chico que bautizaba a un animal, rodeado por

un grupo de mineros y una muchacha con un perrito a upa, formaban un cuadro extraordinario.

Al término de la extraña ceremonia, el grupo se preparó para seguir viaje. Andrés, en la puerta de la capilla, los miraba como con ganas de preguntarles algo. Otra vez el viejo Julián tomó la palabra.

—Si te querés venir —le dijo—, en el carro hay lugar. Por ahí te volvemos a necesitar.

El chico no esperó a que se lo repitieran: de un salto subió al carro y se acomodó al lado de Nicanor. La compañía sumaba un nuevo miembro, que de inmediato aportó su ayuda: opinó que fueran a Vallejos, uno de los pueblos más grandes de la provincia, casi una ciudad. Allí había dos iglesias, el padre Antonio se lo había contado. En un solo viaje, podrían resolver el cuarto y el quinto bautismo.

Entraron a Vallejos al anochecer, tras cinco días de camino. El pueblo era de veras grande, y tuvieron que buscar una posada donde alojarse. Tenían que dejar el carro, los caballos y los dos perros en un galpón. María aprovechó la estadía en el hotelito para darse un nuevo baño y ponerse algunas de las ropas limpias que le habían prestado sus futuras cuñadas en Los Cerrillos, pero se negó a dormir en una habitación. No quería dejar solo a Nicanor.

Muy temprano, al día siguiente, llegaron a la primera de las dos iglesias. No tuvieron ningún inconveniente: el raro bautismo del perro lobo se hizo sin testigos, a cargo de un cura joven que no preguntó demasiado. Pero los esperaba todavía un problema. A poco de salir de la iglesia, un paisano bien intencionado les avisó que frente a la puerta de la segunda iglesia había una partida de tres policías. Buscaban a María Lagares, desaparecida hacía más de un mes del pueblo de Barrancas. Sin perder tiempo,

la joven se tiró del carro y corrió a esconderse, junto con Andrés. Pedro y Pablo tuvieron que agarrar entre los dos a Nicanor, que también quiso saltar tras su amada. De a poco lo fueron calmando, aunque les costó mucho: al acercarse a la iglesia el perro lobo ya no ladraba, pero seguía muy inquieto.

Los tres policías los encararon de inmediato. Preguntaron por una chica rubia, de cabello largo, llamada María. Los Madero negaron conocerla. Un policía revisó el carro, mientras los otros los interrogaban. El viejo Madero se presentó a sí mismo como minero y nombró a sus tres hijos, sin mencionar a Nicanor. El uniformado le preguntó de mala manera qué era esa extraña historia de andar bautizando a un bicho. Entonces intervino Juan. El mayor de los Madero dijo que cumplían con una promesa familiar, que habían hecho por la salud de su hermano más chico, aquejado de un terrible mal. Aunque no decía toda la verdad, mayormente no mentía. Los policías se quedaron más o menos conformes con la explicación, hasta que uno de ellos, atraído por un reflejo, subió al carro y levantó el peine que se le había caído a María al saltar.

—¿Y esto? —dijo, con una sonrisa de triunfo—. ¿Hay algún minero coqueto, acá?

Nicanor gruñó, los hermanos se miraron sin saber qué responder.

—Me van a tener que acompañar... —empezó a decir el policía, pero lo interrumpió un grito.

—Es mío —declaró una muchacha de pelo corto, morecha, de cara hombruna, que se acercó al grupo. Sin duda no podía ser la María Lagares que buscaban los policías. Sin embargo, llevaba puesto un vestido de María y los Madero la miraron con los ojos desorbitados.

—Es mío —repitió la muchacha con una voz un poco grave, que intentaba ser femenina—. Yo soy Andrea Madero, la menor de la familia.

Julián Madero miró a Andrés con la boca abierta, pero enseguida reaccionó. El chico disfrazado necesitaba su apoyo.

—Mi hija —dijo.

El policía lo miró con pena, como compadeciéndolo. Al parecer ese hombre tenía un hijo menor muy enfermo y una hija que iba a ser casi imposible de casar. Se encogió de hombros, le entregó el peine a la falsa muchacha y se retiró con sus compañeros.

Cumplido el quinto bautismo, que se realizó sin inconvenientes, tomaron el camino otra vez. Recién ahí los tres hermanos se sintieron libres de largar las carcajadas y palmear a Andrés, al que llamaban "hermanita". A pocos pasos de la salida del pueblo, Nicanor saltó del carro, exaltado. Antes que nadie, él había descubierto a María, que los esperaba escondida entre unos árboles. La muchacha, por supuesto, llevaba la ropa de Andrés. Sumar al huérfano a la misión, convertido por un rato en la fea hermana menor de los Madero, había sido un gran acierto.

9

A unos tres días de viaje estaba el pueblo de Torales. Ni Andrés ni los Madero sabían si allí había una capilla, pero igualmente pusieron el carro rumbo al pueblo desconocido, que era el que más cerca tenían. Si encontraban capilla, realizarían el sexto bautismo. Si no, seguirían viaje de inmediato.

Iban algo intranquilos, pendientes del camino. La experiencia con la partida policial los había puesto sobre alerta. Sin embargo, llegaron a Torales sin novedad, y sin novedad cumplieron con el sexto bautismo, porque en el pueblo había una mínima capilla y un cura que, curiosamente, parecía estar esperándolos. Ellos no sabían cómo había ocurrido, pero una cierta fama los precedía: la historia de la familia que recorría la provincia en busca de iglesias donde bautizar a un perro lobo ya empezaba a contarse en las pulperías.

Salieron de Torales seguidos por los murmullos de los curiosos y se encaminaron hacia el que quizá fuera el último pueblo a visitar, Enramada. Tenían, otra vez, varios días de camino.

No hubo novedades en el primer día de viaje. Pero promediaba el segundo día de marcha cuando la calma

se acabó de pronto. Una polvareda anunciaba que se acercaban jinetes, y que venían tras ellos, a pleno galope. Con disimulo, para no asustar a María, Pablo cargó el trabuco. Pedro y Juan no tenían armas de fuego, pero sí largos facones. Si había que pelear, pelearían.

Cuando ya estaban muy cerca, uno de los jinetes empezó a revolear el poncho por sobre su cabeza, como haciendo señas. Julián frenó el carro. De todos modos, no había manera de escapar. No era una partida policial, solo dos hombres cabalgaban hacia ellos.

Muy grande fue la sorpresa de Andrés cuando reconoció al jinete que revoleaba el poncho. Tan grande como la del hombre, que no esperaba ver a su monaguillo en ese carro. El jinete era el padre Antonio.

Apenas desmontaron, una vez que tomaron el agua que Juan les ofreció, el cura Antonio y su acompañante se presentaron. El hombre que iba con el religioso era el maestro Esteban Lozano, que viajaba a instalarse en una escuela de Las Vides. El padre Antonio había ido hasta la capital de la provincia para recibirlo y acompañarlo al pueblo, pero al pasar por Vallejos se habían enterado de los dos particulares bautismos y de la presencia, comentada en voz muy baja, de una chica rubia de larga cabellera. El maestro Lozano sabía muy bien de quién se trataba: él era amigo de Humberto Lagares, el padre de la chica, con el que había estado en Barrancas.

María preguntó cómo estaba su padre, sabiendo que la respuesta no podía ser buena. Sin embargo, Esteban Lozano la tranquilizó. Le dijo que su padre había hablado mucho con la lechiguana del pueblo, una tal doña Jacinta, y que la vieja le había devuelto la esperanza de un reencontro. La lechiguana, le había confesado el maestro, le

había pasado su fe en que Nicanor y la joven vencerían la maldición del lobo.

Al oír el nombre de su nona, el perro lobo lanzó un aullido y paró las orejas. El cura lo miró a los ojos y se terminó de convencer de que en esa mirada había mucho más que la presencia de un animal.

—No necesito una capilla para hacer un bautismo —dijo.

María y los Madero se miraron felices. Allí, en el medio del camino desierto, cumplirían con el último bautismo, y quizá con algo más. La chica miró al cura a los ojos e hizo una incómoda pregunta.

—Padre —dijo, ruborizada—. Y para hacer un casamiento, ¿hace falta una capilla?

El cura se rio.

—Claro que no, m'hijita. Solo hacen falta los novios.

El padre Antonio se puso la estola que llevaba en la maleta, vertió agua de una cantimplora y, en pocos minutos, concluyó con el séptimo bautismo. Cuando terminó de bautizar a Nicanor por última vez, el lobo aulló y se retorció, como si se estuviera quemando por dentro. Luego corrió desesperado hacia la nada, en medio de los cardos y pajonales. María empezó a correr tras él, pero se detuvo cuando vio que el perro lobo caía, se retorció en el piso una vez más, y se transformaba, de a poco, en Nicanor Madero, el hombre.

Junto a Nicanor, tan feliz como él, movía la cola el perrito blanco. Al muchacho que hasta hacía muy poco había sido lobo, se le humedecieron los ojos. Frente a él estaba la mujer que amaba, y más atrás, ya lo sabía, su padre y sus hermanos. En un solo momento había recuperado su condición de hombre, su familia y su amor. La vida no podía ser mejor que en ese instante, aunque todavía quedara mucho por hacer.

TERCERA PARTE

La Salamanca

1

Nicanor se miró, se tocó los brazos, las piernas, la cara. Se enjugó una última lágrima y rio abiertamente. Estaba desnudo en medio del desierto, y estaba feliz. A pocos pasos María le sonreía, aunque también lloraba, de pura emoción. Andrés, que era el más rápido para reaccionar, manoteó del carro algunas ropas y corrió hasta Nicanor. María, riendo esta vez, se dio vuelta para esperar a que su novio se vistiera. Luego todo fueron abrazos, besos, alegría. El cura tosió:

—Me parece que falta una ceremonia más, según me han contado —dijo, y guiñó un ojo.

Los novios rieron y, haciéndole el eco, se escuchó otra risa en el camino desierto. Detrás de la risa, apareció de pronto una vieja, gorda, casi sin dientes, como si hubiera brotado de la nada.

—Vizcachón de vizcachera, con el humo sale *ajuera* —gritó la vieja, y largó una segunda carcajada, aguda, estridente.

Todos giraron y la miraron boquiabiertos. ¿De dónde había salido esa mujer? La vieja gorda volvió a gritar y a reír, muy divertida.

—¡Vieja y revieja, no cría pelo en la oreja!

El padre Antonio se le acercó, con cierto resquemor. Ya que le gustaban los dichos, le retrucó.

—A boda ni bautizo, no vayas sin permiso.

La vieja lo miró de arriba abajo, y volvió a reír.

—*Mirenlo* al curita... —dijo—, había sido respondedor.

El padre Antonio sonrió, incómodo. Nicanor y María se acercaron, abrazados. Al muchacho esa vieja no lo asustaba. Al contrario, le traía el recuerdo de su nona.

—Nos vamos a casar, abuela —le dijo—. Ya que vino, está invitada.

Por primera vez, la mujer se puso seria. Miró a Nicanor con ternura, y sacó de entre sus ropas viejas una pequeña estrella de madera.

—Cuando se casen, m'hijito, y se vayan a vivir solitos, pongan la estrella en la puerta de su casa. Uno que yo me sé un día los va a encontrar —y de nuevo largó la carcajada.

Julián Madero fue una vez más el que supo resolver la situación.

—Mi hijo y mi nuera se están por casar, doña. Quédese si quiere, es bienvenida. Y si no, deje que terminemos lo que tenemos que terminar.

—¡Miralo vos, al padrecito! —otra vez rio la vieja—. Nicanor, María, ustedes se me van *p'al lao e* la montaña, siempre al norte, siete días. Levantan su rancho al final del camino, y esperan. La Salamanca los va a buscar.

Nadie se sorprendió de que la vieja conociera sus nombres. Ni de que, de un momento a otro, con una última risotada que quedó en el aire unos instantes, desapareciera de la vista.

El cura se persignó de inmediato, como si así rechazara a la bruja y sus palabras. El maestro, Andrés y los Madero lo imitaron, pero Nicanor y María no. Ellos sabían. La vieja

les había confirmado lo que doña Jacinta les había dicho en Barrancas: después de los bautismos, y del casamiento, todavía quedaba el baile de la boda, en La Salamanca.

La ceremonia del casamiento, en pleno desierto, fue tan rápida como el bautismo. El padre Antonio los bendijo, les preguntó si se amarían, cuidarían y respetarían hasta que la muerte los separara, y los declaró marido y mujer. Nicanor y María se besaron. Luego, Julián Madero se quitó el anillo que tenía puesto y se lo dio a su hijo. Y a María le entregó el que había sido de su mujer, que llevaba colgado de una cadenita. Los recién casados lo abrazaron. El viejo Madero aún tenía otro regalo. Les pasó una piedra grande, rojiza, sin dudas muy valiosa.

—*Tenganlá* —les dijo—. Si un día les hace falta, la venden. Y si no, será un recuerdo de la familia.

Por primera vez, Nicanor sintió cabalmente que tenía un padre. Un padre que, como tal, lo quería y protegía. No lo podía expresar en palabras, pero le bastó con mirar a los ojos del hombre viejo que tenía a su lado, y apretar con fuerza la mano que este le tendía.

Después hubo más abrazos, y llegó el momento de las despedidas. Todos los caminos serían distintos. Julián y su hijo Pablo irían a Barrancas, dispuestos a esperar el regreso del matrimonio, no importaba el tiempo que pasara. La vieja les había dicho a los novios que partieran solos, así que el viejo Madero se llevaría al perrito blanco, para dárselo a doña Jacinta. El perrito, que como siempre parecía entender todo lo que pasaba, se dejó alzar por el minero, sin protestas. Nicanor lo miró con pena. Ese animalito, que era su amigo y confidente, lo había acompañado desde muy chico, lo había oído en sus tribulaciones de huérfano, en sus alegrías de joven enamorado y hasta había

estado a su lado cuando la maldición lo había convertido en lobo. Era muy duro separarse de él.

Julián Madero debería contarle a la lechiguana, y a los Lagares, que María y Nicanor se habían casado, y que tan pronto terminaran con lo que debían hacer, regresarían.

A los hermanos Juan y Pedro los esperaban en Los Cerrillos, y al maestro y al cura en Las Vides. Andrés, el huérfano, tenía que elegir: podía volver a su pueblo o acompañar a Julián y a Pablo. Decidió que se iría a Barrancas: quería saber cómo terminaba la historia de sus amigos.

María y Nicanor, como había dicho la vieja, cabalgarían siete días y siete noches con rumbo norte. La historia aún no terminaba, como tampoco terminaba la maldición. Tenían por delante su vida de enamorados. Y la amenaza de la luna llena.

2

Al término de la séptima jornada María y Nicanor entraron a Arroyito, un pueblo pequeño, cercano a unas sierras bajas. Habían cabalgado durante una semana, tal como les había dicho la lechiguana gorda, y al final del camino se encontraron con el sitio en el que debían quedarse.

María, que sabía las letras y los números, se presentó como maestra. El pueblo no tenía escuela, y ella, a cambio de alguna ayuda —comida, lana, una cobija—, podría dar clases, en una salita contigua a la pequeña capilla. Nicanor preguntó si había trabajo. Don Eufemio, un viejo carpintero, lo tomó como su aprendiz.

Se instalaron en las afueras del caserío, en un terreno que nadie reclamaba, junto al delgado arroyo que le daba nombre al pueblo. Con adobe, paja, maderas y el apoyo de algunos vecinos, levantaron su rancho. Cuando lo tuvieron terminado, pusieron arriba de la puerta la estrella que les había dado la lechiguana gorda. Tenían que esperar, y esperarían.

Se tenían el uno al otro, se amaban, y sabían que serían felices. Nicanor aprendía muy rápido el oficio de carpintero, y cada noche, cuando estaba en la casa, María le enseñaba a leer y a escribir.

Pero una vez al mes, y durante toda una semana que se les hacía eterna, salía la luna llena, la luna de la maldición. Era la semana de la congoja, de los miedos. Nicanor ya no se convertía en el casi domesticado perro lobo que había acompañado a María en busca de los bautismos. Ahora era la luna la que ejercía su influjo, y María nada podía con ella. Cuando Nicanor volvía en sí no recordaba lo que pasaba en las noches: su conciencia se perdía en el hechizo. Para esos días decidieron que lo mejor sería que él dejara la casa. Antes de que empezara el ciclo de la luna llena, Nicanor se despedía de su esposa y caminaba hacia las sierras. Había hallado una cueva donde dejar algunas ropas y provisiones y allí esperaba a que la luna se asomara entera. Entonces volvían los ardores que anunciaban la transformación. En la soledad de la sierra, el lobo podía correr y cazar, con menos peligro. Desde allí, sus aullidos de animal salvaje no llegaban al pueblo. Era una semana cargada de dudas, de terror. María temía que el lobo, una mala noche, atacara los rebaños del pueblo. Y que entonces los vecinos, como en Barrancas, salieran a cazarlo. O que, aunque el lobo no apareciera por el pueblo, alguien descubriera su secreto.

Como a los siete meses de la mudanza, María tuvo una horrible pesadilla. Los hombres del pueblo traían de la sierra un lobo muerto, que había caído en una trampa, y había sido rematado a balazos. Se despertó temblando y salió a la noche, hacia el bañito que habían levantado a unos cuantos metros del rancho. Antes de llegar vomitó. Nicanor despertó al poco rato y salió a buscarla. La encontró sentada en un tronco, con la mirada fija en la luna creciente. Le preguntó qué pasaba, y su mujer lo abrazó, llorando.

—Tengo miedo, Nicanor —le dijo María—. Me parece que estoy embarazada.

Nicanor se quedó mudo. Miró a su mujer a los ojos y por su cabeza pasó, en una ráfaga, una multitud de sentimientos encontrados. Él era, o había sido, hasta hacía muy poco, un huérfano. Él era, también, un hombre marcado por una maldición, un hombre que una vez al mes abandonaba su condición de ser humano para convertirse en un animal peligroso. Pero era, además, un hombre enamorado, y eso le daba la fuerza que precisaba. En los ojos de María, la que había sido su luna, estaba la respuesta.

—Vamos a tener el más hermoso de los hijos, hermoso como vos —le dijo, antes de secarle los ojos llorosos y besarla con todo su amor.

3

Había pasado bastante más de un año desde la llegada de María y Nicanor al pueblo de Arroyito, y de La Salamanca nada sabían. Nicanor esperaba que en algún momento apareciera otra lechiguana, tal como lo había hecho la gorda risueña del día del casamiento, a traerles un mensaje. María, aunque no lo demostrara, se ponía cada vez más nerviosa. Eran felices tres de cuatro semanas, todos los meses. Pero la amenaza de la cuarta, la de la luna llena, era cada vez más intolerable. Y vivir esos siete días, con su avanzado embarazo y sin Nicanor, emperrado en las sierras, le resultaba más y más aterrador.

La gente del pueblo los quería, aunque algunos sospecharan que esa parejita joven ocultaba un secreto. El viejo Eufemio desconfiaba de esa semana, cada mes, en que su aprendiz desaparecía del pueblo. En su primera ausencia Nicanor le había dado una vaga explicación, relacionada con su familia minera, y nunca más había hablado del tema. Don Eufemio respetaba ese silencio y se resignaba a no saber: después de todo, estaba conforme con los grandes progresos del muchacho, que en poco tiempo se convertiría en un carpintero tan bueno como él.

María entraba ya en los últimos tramos de su embarazo, cuando un nuevo plenilunio, uno más, llegó sin que los esposos recibieran ninguna noticia. María despidió a Nicanor fingiendo tranquilidad, con una sonrisa. Y luego se encerró en la casa, a llorar su miedo. Fue entonces cuando golpearon a la puerta del rancho. María se sorprendió. Ellos nunca recibían visitas: cuidaban su intimidad, para no arriesgarse a que les descubrieran el secreto. Se secó las lágrimas y abrió. Frente a ella, montado en un gran caballo negro, un gaucho elegante se sacó el sombrero y la saludó con una amplia sonrisa. Una sonrisa escalofriante.

—Linda estrella tienen en la puerta —dijo, y rio—. He venido a invitarlos al baile —dijo luego.

A María no le hizo falta preguntar de qué baile se trataba. Solo preguntó cuándo sería. El gaucho estiró su sonrisa.

—Mañana mismo ha de ser. Busque a su mozo en las sierras, y caminen para el norte. Van a encontrar la puerta, no tengo dudas. Para pasar diga la palabra que le enseñó la Jacinta... va a estar lindo el baile, no me falten.

María asintió. Ella había guardado durante más de un año la palabra secreta que era la entrada a La Salamanca. Solo tenía que pasar una noche, una noche más, sin su Nicanor. Y entonces, quizá, todo terminaría.

Esa noche fue la más larga de todas. María oía los aullidos muy cercanos, como si el lobo, esta vez, hubiera dejado las sierras para rondar el pueblo. Incluso le pareció que los perros, inquietos, ladraban más que de costumbre. María rezó por que a ninguno de los pastores de Arroyito se le ocurriera cargar su escopeta para salir de caza.

Lentas, muy lentas, pasaron las horas, pero al fin asomó el sol. María, que no había dormido, salió de inmediato en busca de Nicanor. Caminó largo rato hasta las sierras y

empezó a subir, con mucho esfuerzo, hacia la cueva que ella también conocía. Iba gritando el nombre de su esposo, por si la ronda del lobo, esta vez, lo había dejado lejos. Paraba a descansar muy seguido, porque no era fácil ascender la cuesta con el peso que llevaba en el vientre. Antes de llegar a la cueva oyó el ruido de unos pasos, y se detuvo. Tambaleándose, desnudo, iba Nicanor en busca del refugio, sin verla. María prefirió no llamarlo. Esperaría a que se vistiera, se limpiara y aliviara el cuerpo magullado y sucio, y lo dejaría dormir un rato. Ella podía aguantar un poco más, se dijo, mientras se acariciaba la panza. El bebé pateaba ese día como nunca antes.

Un par de horas después, María entró a la cueva y despertó a Nicanor, que se levantó de un salto, muy sorprendido. Ella le sonrió y él comprendió de inmediato que el día que esperaban había llegado. María le dijo que debían caminar hacia el norte, hasta que apareciera, sobre la puerta de una cueva, una piedra roja. Y que debían encontrarla antes de que llegara la luna.

Caminaron por horas. María temblaba con el esfuerzo, y Nicanor temía por el bebé y por ella. Oscurecía de a poco, la luna acechaba, y la cueva no aparecía. María se sentó sobre una piedra, a recuperar fuerzas. No quería hacerlo, pero no pudo evitar que se le cayeran las lágrimas.

Nicanor maldijo y, furioso, tiró el palo que le servía de bastón contra la roca viva. El palo no rebotó: siguió de largo como si la sierra hubiera sido de aire. Entonces los dos vieron una piedra roja que destellaba, justo por encima de donde había pasado el palo. Como si la furia de Nicanor hubiese abierto una entrada en la piedra.

María y Nicanor se miraron. Ahí estaba. Habían llegado a la cueva de La Salamanca.

4

María tomó la mano de Nicanor y avanzó sin titubeos. Habían llegado muy lejos, era el momento de dar el último paso. Caminaron hacia el hueco que había atravesado el palo. No se veía obstáculo alguno que los detuviera y sin embargo, cuando pretendían entrar, algo, como un hálito caliente, los frenaba. María dijo en un susurro la palabra que le había enseñado hacía tiempo la nona Jacinta, y entonces pudieron pasar.

Avanzaron en una penumbra que se hacía cada vez más densa, hasta que la oscuridad fue absoluta. Pisaban con cuidado: les daba la impresión de que el camino que tenían por delante iba en lento declive y que a sus pies se movían sombras sigilosas, como de víboras, de ratas, de arañas. Iban muy despacio, pero sin detenerse. De pronto, tras una curva, el camino se convirtió en una explanada descendente. La cuesta en espiral los llevaba hacia abajo, cada vez más rápido. María respiraba agitada. El aire se enrarecía y el camino, en su descenso brusco, la obligaba a un esfuerzo enorme. Nicanor intentaba sostenerla, ayudarla, pero era poco lo que podía hacer. Por fin, el camino descendente se acabó. Habían llegado a un pequeño rellano.

Recuperaron el aliento, trataron de tranquilizarse. La vista ya se les había acostumbrado a la oscuridad. Entre las sombras pudieron ver con qué se enfrentaban. A unos pocos pasos, amenazante, un chivo enorme, de largas barbas sucias, les clavaba los ojos. El animal bajó la cabeza, como dispuesto a embestirlos. Nicanor se paró delante de María, listo para defenderla, pero el chivo no atacó. Por el contrario, lanzó un balido corto y retrocedió apenas. Se había pegado a la pared de piedra: era evidente que los invitaba a entrar. El camino que dejaba abierto solo permitía el paso de una persona. Nicanor no lo dudó: aunque María estuviera algo más pesada, él podía llevarla. Con cuidado, con infinito amor, como un novio en su noche de bodas, la alzó en sus brazos. Y así avanzó delante de los cuernos del animal, mirándolo de reojo, atento al ataque que podía llegar en cualquier momento. Caminó tres, cuatro, cinco pasos. María le sonrió apenas.

—¿Peso mucho, mi amor? —le preguntó.

—Nada, no me pesás nada —alcanzó a contestarle Nicanor, mirándola a los ojos. Pero no pudo ni siquiera devolverle la sonrisa. El chivo, que había esperado esa distracción, lo embistió desde atrás, y los dos cayeron varios metros, hacia un pozo que no habían visto.

A pesar de la sorpresa, Nicanor no soltó a María, y se las arregló para caer debajo de ella, para amortiguarle el golpe. Lo último que oyó, antes de desvanecerse, fue su propio nombre, en la voz tan querida. Y lo mismo oyó un rato después.

—Nicanor, Nicanor —lo llamaba María, mientras le acariciaba la cara, tratando de que volviera en sí. Lloraba, y sus lágrimas los mojaban a ambos.

—¿Estás bien? —fue lo primero que preguntó el muchacho. María lo abrazó con fuerza.

—Fue solo el susto. Pero vos te golpeaste mucho...

Nicanor negó con un gesto. Se había golpeado, sí, pero no quería preocuparla. Con esfuerzo se pusieron de pie. Habían caído en una especie de pista circular, un enorme recinto de piedra que parecía excavado dentro de la montaña. Se sentían observados. Un fuego se encendió de pronto, y luego otro, y otro más. Alguien rasgó una guitarra, se escucharon risas, y estalló el grito agudo de una vieja, que rebotó en las paredes:

—¡Hay baile en La Salamanca! —fue el alarido que actuó como un sortilegio, y de la nada aparecieron víboras, arañas, peludos, cuises, carneros, y también viejas mujeres encorvadas y hombres barrigones, desdentados, medio desnudos. Todos, hombres, mujeres y alimañas, bailaban alrededor de la pareja, como si esperaran que ellos también bailasen.

A la guitarra se sumaron un bombo y un violín. Era la fiesta, el baile de los condenados, La Salamanca desenfrenada. María y Nicanor, abrazados, se mantenían quietos, mientras los salamanqueros giraban a su alrededor. De improviso un batir de palmas acalló el escándalo. Paró la música, las viejas y los viejos dejaron de gritar y de reír, los animales se quedaron quietos. Y desde lo más profundo de la montaña llegó la voz y la figura que ya conocían.

—¡Que vivan los novios! —gritó el gaucho de las ropas negras, y como hacía casi siempre, acompañó su grito con una horrible carcajada. El violín volvió a sonar y enseguida lo secundó la guitarra. Lo que se oía era un vals, y La Salamanca entera se hizo hacia atrás, para que los novios bailaran.

María y Nicanor ganaron el centro de la pista. Él había tomado a su amada de la cintura, y como si hubiera nacido solo para ese baile, la empezó a guiar. Giraban y

giraban. Era como si Nicanor la estuviera llevando en un vuelo. María se dejaba ir. No se oía nada más que el vals. Mucho tiempo estuvieron bailando, hasta que, de pronto, María se detuvo. Nicanor, como si volviera de un trance, la miró a los ojos. María temblaba.

—Rompí aguas, Nicanor —dijo, y dejó que él la apoyara muy despacio en el suelo caliente de la cueva. Otra vez se oyó la palmada del gaucho elegante, y una vieja jorobada se acercó riendo.

—¡Dejen paso a la comadrona, *jue puchas!* —gritó la vieja, lanzó una carcajada y se agachó junto a María.

Nicanor, empujado nunca supo por quién, se corrió hacia atrás, para que la jorobada trabajara. Para que María, sin estorbos y con la ayuda de la bruja, tuviera a su hijo.

No mucho después nació la criatura, y llenó la cueva de La Salamanca de un sonido que nunca antes había oído: el llanto de un recién nacido.

La vieja dejó al chico sobre el pecho de María. Nicanor se agachó junto a los dos, junto a su familia. Entonces el gaucho elegante se desvaneció en una llamarada, y el que se acercó a la pareja y al bebé fue el mismísimo Mandinga, el diablo, en su forma más espantosa.

Cuando les habló, sin embargo, la voz y la mirada del ángel caído no les dieron miedo. Mucho más aterrador había sido en su figura de hombre elegante y burlón. Ahora, tal y como era, medio chivo y medio hombre, los ojos fulgurantes en la cara roja, ya no los asustaba. María y Nicanor lo miraron de frente, y él les habló.

—Trajeron la vida adonde solo había muerte. El amor, adonde había dolor y odio —dijo en voz alta—. Los caminos de verdad son insondables —agregó en un murmullo, como para sí mismo.

Se paró, enorme como era, y desde la altura les volvió a hablar, antes de desaparecer en un último resplandor. Parecía vencido.

—Alguna vez, si quieren —les dijo, con una voz humilde—, alguna vez, también recen por mí. Vayan en paz.

Entonces sí un potente resplandor los cegó por un instante, y La Salamanca entera desapareció.

Nicanor, María y su hijo se encontraron solos, en la noche de la sierra. La luna, más llena que nunca, los iluminaba. Nicanor levantó la vista y la miró. Ya no tenía miedo. Ya no había maldición.

5

Después del baile en La Salamanca, María y Nicanor regresaron a su rancho, con el bebé en brazos. Tardaron un buen tiempo en recuperarse, y luego, con paciencia y muy de a poco, fueron juntando todo lo necesario para emprender el largo regreso. Mientras tanto, su bebé crecía sano y fuerte. Varios meses les llevó conseguir el carro que los vecinos de Arroyito, y especialmente el viejo carpintero Eufemio, les ayudaron a aprovisionar. Pero al fin llegó el día tan deseado, el día en que estuvieron listos para regresar. Cerraron el rancho donde habían sido felices y a la vez habían pasado tantos terrores, y emprendieron el viaje. Algunos vecinos de Arroyito los despidieron en el camino.

En Barrancas eran muchos los que los esperaban, hacía ya demasiado tiempo. Doña Jacinta, los Lagares, Julián y Pablo Madero, el huérfano Andrés y el perrito blanco, por supuesto, aguardaban ansiosos su llegada, a veces con desesperación, casi siempre con fe.

La lechiguana y los padres de María habían sabido, gracias a los Madero, que los enamorados se habían casado y que se habían instalado muy lejos de allí, a la espera de una señal. No tenían ninguna otra noticia y por eso, cada

tanto, el maestro amenazaba con salir en busca de su hija. Al hombre le costaba aceptar el mandato supersticioso, por más que el viejo Madero, su hijo Pablo y el nuevo alumno de la escuela, Andrés, le hubieran relatado una y otra vez la aparición de la lechiguana gorda en mitad del desierto, y la orden que Nicanor y María habían recibido. Durante ese tiempo, cuando a Lagares lo ganaba la desesperación, la lechiguana sabía detenerlo. "Ya van a venir, ya van a venir", le repetía, como quien repite una oración, y lo tranquilizaba.

Pero cuando se cumplieron dos años de la partida de su hija, Humberto Lagares anunció que no esperaría más. Ensilló un caballo y se preparó para un largo viaje. A pesar de los ruegos de la lechiguana y los consejos de los Madero, enfiló hacia la salida del pueblo. El perrito blanco lo acompañó un trecho, pero se detuvo antes de llegar a las últimas casas. Lagares nunca llegó a partir. Por el camino del norte se levantaba una nubecita de polvo, y el hombre detuvo el caballo. El corazón le latía con fuerza. No podía saber si la que venía allí era su hija, y sin embargo su corazón de padre se lo anunciaba. Algo le decía que sí, que esta vez era ella que volvía.

Lagares no se había equivocado. Un par de horas después, cuando el carro que traía a Nicanor, a María y al pequeño Nicanor entró en Barrancas, él fue el primero en recibirlos. Humberto Lagares, el maestro, lloraba y reía a la vez. Nunca, nunca en su vida, había estado tan contento.

Nicanor y María habían construido su matrimonio feliz sin sombra de maldición alguna. Eso fue lo que descubrió de inmediato, con una sola mirada, la mamá de María, cuando los recibió en su casa. Y lo que también supieron Julián, Pablo y Andrés, que ya era un Madero más, cuando corrieron a su encuentro.

Esa felicidad fue la que Nicanor y María, con su bebé en brazos, le llevaron a la nona Jacinta, que los esperaba en la puerta de su rancho.

La lechiguana siempre decía, como si ese fuera un orgullo del que jactarse, que ella jamás había llorado. Sin embargo, cuando Nicanor la abrazó con fuerza y María le besó la cara arrugada y le pasó a su hijo para que lo alzara, doña Jacinta soltó el llanto que había guardado tanto tiempo. Lloraba por primera vez. Y sonreía. Era feliz, como lo eran Nicanor, María y su pequeño. Todos ellos habían luchado mucho para lograrlo. Y al fin, después de tanta lucha, les había llegado la hora de la felicidad.

Tras un viaje muy incómodo, que duró varias horas más de lo previsto, el ómnibus me dejó en una pequeña terminal. No había dormido en casi toda la noche porque el colectivo se había zarandeado demasiado, pero aun así estaba de buen humor.

Ya en la vereda me despecé con disimulo, para estirar un poco la espalda dolorida, y crucé la típica plaza provinciana hacia un bar. Pedí un café con mucha leche (seguía tratando de dejar el café, con poco éxito), saqué uno de los flamantes libros del bolso y le di una última mirada. Mientras desayunaba me detuve en algunos capítulos que me gustaban especialmente: los del principio, cuando la lechiguana espera el nacimiento bajo la lluvia; la partida hacia las montañas; el encuentro con el viejo Julián; la escena del vals...

Viendo pasar los coches que rodeaban la plaza en esa mañana luminosa traté de imaginarme cómo habría sido Barrancas hacia fines del siglo XIX. Tal vez, me dije, donde ahora se veía una enorme escuela pintada de rosa, había funcionado la escuelita de Humberto Lagares.

Le pregunté al mozo por el cementerio.

—Todo derecho, subiendo la cuesta —me dijo el hombre, y me señaló una calle empedrada que salía en diagonal. Me advirtió que eran unas cuantas cuadras, y se ofreció a llamarme un taxi. Le dije que no. Un sol otoñal entibiaba la mañana y yo me iba a dar el gusto de caminar despacio por Barrancas. Le pedí que me cuidara el bolso, que pesaba lo suyo, y me fui con un solo libro bajo el brazo.

Imaginé, durante el camino, que muy cerca de donde hoy estaba el cementerio había vivido doña Jacinta, la lechiguana. Llegué junto con el sol del mediodía. Pregunté por la tumba de Nicanor Madero, con cierta desconfianza: temía que me preguntaran por cuál de todos ellos quería saber. Sin embargo, el empleado que me atendió no tuvo dudas. Seguramente adivinó que yo buscaba al último de la familia, porque me señaló con la cabeza un sendero que zigzagueaba hacia el norte, sin hacerme preguntas. A pesar de que nunca me han gustado los cementerios, ese día no me desagradó caminar entre las tumbas.

Llegué por fin a la sepultura, leí las señas del hombre que una vez había estado en mi despacho y, sin pensarlo mucho, le hablé. Como si tras la lápida don Nicanor me estuviera escuchando con atención, le dije que había venido a Barrancas a dejar su libro, la historia de María y de su bisabuelo, el primer Nicanor Madero. Le prometí que repartiría ese testimonio en todas las bibliotecas de Barrancas, en todas las escuelas, en las librerías y hasta en los bares del pueblo, si hacía falta.

Yo no podía saber si la historia de Nicanor, de María y de la maldición del lobo sería muy leída en la capital, pero al menos intentaría que entre los barranqueños se conociera. Que pasara de voz en voz, tal como él, don Nicanor, la había recibido.

Robé una flor de una tumba vecina y la puse junto al libro, sobre la lápida. Y le sonreí al recuerdo del viejo en mi despacho, la tarde aquella en que me llevó la carpeta. Luego me fui despacio, contento, como quien ha cumplido con un deber, y lo disfruta.

Índice

Primera parte - La maldición

1.	13
2.	15
3.	17
4.	19
5.	21
6.	25
7.	29
8.	31
9.	33
10.	37
11.	39
12.	43
13.	45
14.	47

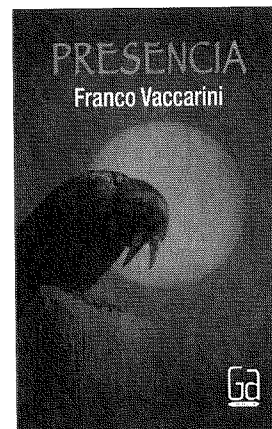
Segunda parte - Los bautismos

1.	53
2.	57
3.	61
4.	63
5.	67
6.	71

7.	75
8.	79
9.	83

Tercera parte - La Salamanca

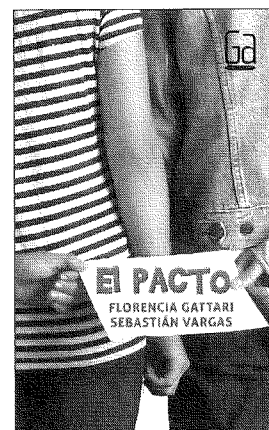
1.	89
2.	93
3.	97
4.	101
5.	107



Mateo está cruzando la plaza. Mientras camina ensimismado, lo sorprende algo que se mueve en un árbol: parece un pájaro, pero no es. Esa presencia inquietante comenzará a acecharlo día y noche. Nada será ya lo mismo: Mateo deberá aprender a vivir en una realidad con otras reglas.

Franco Vaccarini

Nació en Lincoln, provincia de Buenos Aires, en 1963. Estudió Periodismo y colabora ocasionalmente con revistas literarias. Como escritor, ha publicado narrativa y poesía. En esta editorial es autor de *Pulgarcito, el más grande*, *La noche del meteorito*, *El gol perdido* y *Otra forma de vida*, y coautor de *La katana perdida*.



Cada vez que le dicen "nos mudamos" Petra ya sabe lo que se viene... Esta vez debe dejar el único lugar del que se siente parte para irse a la Capital, al cuarto año de un colegio, donde todo empieza mal. Pero en medio de la furia del ambiente aparece Alejo que necesita hablarle afuera, lejos del colegio. Para proponerle un pacto ultrasecreto que no pueda olvidarse nunca.

Florencia Gattari

Nació en Buenos Aires, en 1976. Es licenciada en Psicología y se dedica a la escritura. Su primera obra, *Posición adelantada*, ganó el premio El Barco de Vapor en 2007.

Sebastián Vargas

Nació en Buenos Aires, en 1974. Es profesor de Literatura y editor. Su novela *Tres espejos* obtuvo el premio El Barco de Vapor en 2012.